LUGARES DE ESCRITURA: EL MONASTERIO

RAMON BALDAQUÍ ESCANDELL (ED.)

PUBLICACIONS
UNIVERSITAT D'ALACANT

LUGARES DE ESCRITURA: EL MONASTERIO

RAMON BALDAQUÍ ESCANDELL (ED.)

LUGARES DE ESCRITURA: EL MONASTERIO

PUBLICACIONS DE LA UNIVERSITAT D'ALACANT

BOLETÍN DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE CIENCIAS Y TÉCNICAS HISTORIOGRÁFICAS

ACTAS DE LAS XI JORNADAS DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE CIENCIAS Y TÉCNICAS HISTORIOGRÁFICAS

Junta Directiva y Consejo de Redacción:

Presidenta: Dra. D^a María del Pilar Ostos Salcedo, Universidad de Sevilla

Secretario: Dr. D. Miguel Calleja Puerta, Universidad de Oviedo

Vocales: Dr. D. José Miguel López Villalba, Universidad Nacional de Educación a Distancia

Dra. D^a Mireia Comas Via, Universidad de Barcelona

Tesorero: Dr. D. Antonio María Claret García Martínez, Universidad de Huelva

Comité organizador de las XI Jornadas

Coordinador: Dr. D. Vicent-Ramon Baldaquí Escandell

Secretarios: Dr. D. Antonio Carrasco Martínez

Prof^a. D^a María Mercedes Guijarro Antón

Vocales: Dra. D^a Verónica Mateo Ripoll

Prof. D. Antonio Ramón Couto de Granja

Responsable de la edición: Dr. D. V. Ramon Baldaquí Escandell

ISBN: 978-84-16724-05-5

Dipòsit legal: A 192-2016

Disseny de coberta: candela ink.

Composició: Patricia Barbero

Impressió i enquadernació: XXXXXXXXXXXX

Esta editorial es miembro de la UNE, lo que garantiza la difusión y comercialización de sus publicaciones a nivel nacional e internacional

Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	11	
PONENCIAS	15	
JOSÉ ANTONIO FERNÁNDEZ FLÓREZ (Universidad de Burgos) <i>Escribir en los monasterios altomedievales del Occidente peninsular (siglos VIII-XII)</i>		17
ANA SUÁREZ GONZÁLEZ (Universidad de Santiago de Compostela) <i>Silencio, como en el claustro. Entre libros cistercienses de los siglos XII y XIII</i>		69
MARÍA LUISA GARCÍA VALVERDE (Universidad de Granada) <i>«A son de campana tañida, conviene a saber...». Escritura, claustro y mujer en el Antiguo Régimen</i>		123
MARÍA ENCARNACIÓN MARTÍN LÓPEZ (Universidad de León) <i>Las inscripciones en el monacato hispano: contexto, mensaje e intencionalidad</i>		153
LUIS MIGUEL DE LA CRUZ HERRANZ (Archivo Histórico Nacional de España) <i>El archivo monástico. Entre la gestión de su administración y la gestión de su memoria histórica</i>		177
COMUNICACIONES	231	
ELENA RODRÍGUEZ DÍAZ (Universidad de Huelva) <i>Sobre libros y monasterios castellanos en el siglo XV</i>		233

JOSÉ MARÍA DE FRANCISCO OLMOS (Universidad Complutense de Madrid) <i>La moneda monástica de Sahagún. Origen y desarrollo</i>	249
VIRGINIA MARÍA CUÑAT CÍSCAR (Universidad de Cantabria) <i>La imprenta en los monasterios españoles (siglos XV al XVIII): talleres para usos librarios y documentales</i>	269
MARIA JOÃO OLIVEIRA E SILVA (Universidad de Oporto) <i>Probationes pennae: enseñar y aprender a escribir en los monasterios de la diócesis de Oporto en la Edad Media</i>	287
FRANCISCO SAULO RODRÍGUEZ LAJUSTICIA (Universidad de Cantabria) <i>Tipologías documentales del primer cenobio cisterciense de la Corona de Aragón durante el siglo XIV: el monasterio de Santa María de Veruela (Zaragoza)</i>	295
NÉSTOR VIGIL MONTES (Universidad de Oviedo) <i>Un notario apostólico al servicio de un monasterio. Suero Peláez y el monasterio de San Pelayo de Oviedo (1429-1461)</i>	311
JUAN CARLOS GALENDE DÍAZ, NICOLÁS ÁVILA SEOANE, SUSANA CABEZAS FONTANILLA (Universidad Complutense de Madrid) <i>El libro-registro monacal de la Concepción de Escalona</i>	327
ALICIA MARCHANT RIVERA Y LORENA BARCO CEBRIÁN (Universidad de Málaga) <i>Las Jerónimas de San Pablo de Toledo en la sección Clero del Archivo Histórico Nacional: mujer, escritura y producción documental</i>	349
MARÍA TERESA CARRASCO LAZARENO (Universidad Autónoma de Madrid) <i>«Promissio subjectionis, reverentiae et obedientiae». Cartas de abadesas al primado de Toledo (siglos XIII y XIV)</i>	361
ALEJANDRO CELSO GARCÍA MORILLAS (Universidad de León) <i>Las explanaciones en el monasterio: la actividad publicitaria con fines pedagógicos</i>	373

IRENE PEREIRA GARCÍA (Universidad de León) <i>Las inscripciones medievales del monasterio de San Millán de la Cogolla</i>	387
NATALIA RODRÍGUEZ SUÁREZ (Universidad de León) <i>La escritura publicitaria del Beato de San Miguel de la Escalada</i>	409
FRANCISCO R. MARSILLA DE PASCUAL (Universidad de Murcia) <i>La escritura publicitaria en el Libro Becerro del convento de Trinitarios de Murcia y sus calígrafos-iluminadores (siglo XVII)</i>	417
MARÍA JOSÉ DíEZ HERMANO (Universidad de Valladolid) <i>Escribir para conservar: El priorato de San Martín de Frómista a través del índice de San Zoilo de Carrión</i>	427
FRANCISCO JAVIER MOLINA DE LA TORRE (Universidad de Valladolid) <i>La llegada del libro primero de la Historia del monasterio de San Benito de Valladolid de fray Mancio de Torres a la Biblioteca Histórica de Santa Cruz: sus peripecias durante la Desamortización</i>	445
PROYECTOS DE INVESTIGACIÓN	467
ANA SUÁREZ GONZÁLEZ (Universidad de Santiago de Compostela) <i>Libros, memoria y archivos: cartularios monásticos del noroeste peninsular (siglos XII y XIII)</i>	469
CONCEPCIÓN MENDO CARMONA (Universidad Complutense de Madrid) MARÍA JESÚS TORRENS ÁLVAREZ (CSIC) <i>Primeras tradiciones de escritura romance en Castilla. Monasterios burgaleses</i>	477
MARÍA LUISA DOMÍNGUEZ GUERRERO (Universidad de Sevilla) <i>Escritura y ciudad en la Corona de Castilla (siglos XIII-XVII)</i>	487

ESCRIBIR EN LOS MONASTERIOS ALTOMEDIEVALES DEL OCCIDENTE PENINSULAR (SIGLOS VIII-XII)

JOSÉ ANTONIO FERNÁNDEZ FLÓREZ
Universidad de Burgos
jaff@ubu.es

INTRODUCCIÓN¹

Me propongo iniciar estas páginas aludiendo a la transición del siglo VII al VIII, la del final del reino visigodo y la invasión musulmana, con consecuencias en todos los ámbitos, incluyendo, evidentemente, el de la cultura escrita y sin olvidar sus implicaciones en esta última, por lo que supuso de notable desestructuración y desorganización de la sociedad y de la Iglesia hispana, hecho en el que, a modo de preámbulo, quiero detenerme ahora durante unos breves momentos.

La trayectoria que dicha Iglesia había venido recorriendo, básicamente a partir del siglo IV, puede quedar reflejada, simplificando en exceso, en sus frecuentes reuniones conciliares y en la articulación de todo el territorio peninsular merced a una amplia red de obispados. Concilios «nacionales» y obispos

1. Mis primeras palabras quiero que sean de agradecimiento a la Junta Directiva de nuestra Sociedad por haberme propuesto participar en estas jornadas de Alicante y, además, por haberme encomendado el hablar de un tema muy querido para mí: escribir en los monasterios. Muchas gracias, de nuevo, a la Junta Directiva porque su invitación me permite dedicar mi intervención, aquí en Alicante, a nuestra llorada compañera y vicepresidenta de otra Junta Directiva, Marisa Cabanes. Y mi agradecimiento y felicitación, al mismo tiempo, a Ramón Baldaquí y a sus compañeros y colaboradores, por sus esfuerzos y desvelos en la puesta en marcha y en el desarrollo de estas jornadas.

venían dando respuesta a los problemas que iban aflorando con la expansión del cristianismo y, a veces, con la necesidad de proceder a una reformulación o adaptación de la doctrina católica, en los nuevos ámbitos de coexistencia con grupos humanos que, desde tiempos remotos, venían practicando religiones paganas. Y todo ello, sin dejar de considerar las evoluciones y nuevos planteamientos surgidos dentro de los propios grupos cristianos, en cuestiones doctrinales fundamentales o aquellas otras (si se quiere menos transcendentales desde el punto de vista teológico) relativas a vida y costumbres, pero, desde luego, no menos frecuentes e importantes para el devenir cotidiano de las distintas comunidades.

Rota la estructura diocesana y muchas de las comunidades cristianas sin apenas cabezas visibles, las dos grandes instituciones que les venían ofreciendo cobijo y tutela (los obispos y su organización diocesana, por un lado, y los incipientes monasterios, por otro) se debilitaron en gran medida y perdieron presencia en la vida de esas comunidades, especialmente en los ámbitos rurales y en algunas ciudades episcopales, de las que, incluso, habían ido desapareciendo sus propios obispos². Miembros más o menos activos de las ciudades y, con frecuencia, acéfalas comunidades, se plantearon entonces dar salida a sus inquietudes espirituales, constituyendo pequeñas células en lugares solitarios, aislándose del mundo y retirándose al yermo (son los eremitas); o bien, iniciaron la fundación de iglesias «propias» o monasterios dúplexes, procurando, eso sí, que fueran consagrados por un obispo, como preceptuaban los concilios hispanos.

De esta forma se fue originando un tipo de monacato «espontáneo», denominación esta bastante difundida en los últimos tiempos³, que permite encuadrar bien la decisión de numerosísimas personas para vivir una cierta espiritualidad y ascetismo, que se organizaban desde abajo hacia arriba, es decir, en la dirección contraria a las que han sido a lo largo de la historia las líneas de actuación habituales, a partir de una realidad sustancial: la de una Iglesia jerárquica y jerarquizada. A los indicios y huellas de este monacato «espontáneo», en sus múltiples manifestaciones, se hará mención en esta primera parte, dentro de un período cronológico que abarca los siglos VIII-IX.

Comienzo hablando de eremitorios porque, como es bien sabido, si desde los primeros años del siglo X se estaban llevando a cabo producciones brillantes en el ámbito de la cultura escrita, parece inexcusable plantearse dónde y

2. Recuérdese el caso de Eterio de Osma, que, a finales del siglo VIII comparece en la comarca de Liébana acompañando a Beato.

3. J. Á. GARCÍA DE CORTÁZAR Y R. TEJA (coord.), *El monacato espontáneo. Eremitas y eremitorios en el mundo medieval*, Fundación Santa María la Real-C.E.R., Aguilar de Campoo (Palencia), 2011.

desde cuándo se venía escribiendo; ya que lo que de ninguna forma puede admitirse es que esos magníficos testimonios de los comienzos del siglo X sean creaciones *ex nihilo* de ese instante inicial de la décima centuria; sin que, por otra parte, tampoco sea admisible pensar, ni mucho menos, que todos o la mayor parte de ellos hubieran venido del Sur.

¿Dónde se confeccionaban los libros en los siglos VIII y IX? ¿Qué personas, en qué comunidades y para qué grupos humanos se elaboraron? Se hicieron documentos en fechas muy tempranas; sin embargo, son muy escasos los originales conservados y, con mucha frecuencia tenemos que echar mano de términos como «inauténtico» o, incluso, «falso»; pero que, en todo caso, pueden ser válidos para determinados tipos de cuestiones y para atestiguar diversos hechos o la reconstrucción, todo lo hipotética que se quiera, de ciertas situaciones o vivencias presentes en las comunidades de la época. Estoy pensando, por ejemplo, en su valor indiciario, como testimonios o sugerencias de la temprana existencia de determinados eremitorios y cenobios, especialmente cuando esas huellas pueden ser corroborados por otras fuentes, como las arqueológicas.

En la segunda parte (desde el siglo X a los inicios del XII) se hará referencia a la actividad escriptoria de algunos de los más importantes centros monásticos del momento, con especial mención de aquellos que pudieron tener su momento inicial en esas formas de monacato que se fueron desarrollando, especialmente desde la segunda mitad del siglo VII y que todavía seguían con plena vigencia en el siglo X (con la presencia de protagonistas notables, como san Genadio), coexistiendo plenamente con el cenobitismo hispano de ese mismo siglo y siguientes, que tan espectaculares testimonios escritos nos legó y todavía conservamos.

ESCRIBIR EN LOS SIGLOS VII-IX. ASENTAMIENTOS EREMÍTICOS, IGLESIAS «PROPIAS» Y MONASTERIOS DÚPLICES

Asentamientos eremíticos

Un primer planteamiento parte de una realidad, la existencia de eremitorios, iglesias propias y monasterios familiares o dúplices, y de una posibilidad, que en dichos centros existiese la capacidad de poner por escrito los más diversos asuntos y sobre los diferentes soportes y formatos; posibilidad basada, eso sí, en intuiciones, muchas hipótesis y algunos hechos.

De cualquier forma, el desarrollo de la escritura en Hispania durante la época tardorromana-visigoda y su evolución posterior nos interpela con interrogantes varios, por otra parte clásicos y nada novedosos: ¿dónde, cuando e, incluso, quiénes podían estar en condiciones de poder fijar por escrito los diferentes tipos de asuntos?

Cuando examinamos textos tardíos (fundamentalmente copiados en carularios) que nos transmiten hechos ocurridos en los siglos VIII y IX, nos podemos encontrar de paso con dos tipos de cuestiones: la mención de cenobios (desde mediados del siglo VIII) y las fundaciones o transmisiones de iglesias y monasterios que llevaban implícita la entrega de libros, que, por otra parte, eran necesarios para la vida y la actividad litúrgica de cada comunidad.

Con los elementos e hipótesis de partida hasta aquí sugeridos, cabe mencionar algunos espacios del cuadrante noroccidental de la Península en los que, existiendo indicios o noticias de asentamientos de tipo eremítico o cenobítico, iglesias «propias» o monasterios dúplices, dieron origen, aunque no en todos los casos, a algunos de los más importantes monasterios posteriores. A continuación se ofrecen, en un rápido periplo de Oeste a Este (desde las tierras orensanas a las riojanas), unas breves referencias sobre varios núcleos articuladores del espacio, en diversos ámbitos norteños comprendidos entre esos dos puntos extremos.

La mención inicial tiene como protagonista a San Pedro de Rocas (Orense). En este lugar, de ser auténtica la considerada como inscripción fundacional del año 573, estaría atestiguado el más antiguo asentamiento eremítico de Galicia. Con dicha inscripción podría ser asociado un altar, constituido por un bloque prismático, que, para algunos, podría ser coetáneo de aquella⁴. Además de la lápida y del altar mencionados, todavía quedan como testigos de una época temprana tanto las criptas talladas en la roca como los sepulcros del subsuelo de la iglesia. Tras un largo período de abandono, en el siglo X se habría producido la restauración de la vida religiosa en Rocas, de la mano del abad Gemondo. A comienzos del siglo XI el cenobio está en plena actividad, pues, como veremos, le permite sustentar una escuela monástica.

Recalamos a continuación en El Bierzo, en el evocador «Valle del Silencio». En él confluyeron numerosos anacoretas en torno a san Fructuoso, que ya en el siglo VII había fundado el cenobio de Compludo⁵. Más tarde llegó san Valerio, que restauró ruinas y reedificó otros pequeños cenobios (quizá el de San Pedro de Montes, fundado c. 635 por san Fructuoso). Finalmente, hay que aludir a san Genadio, presente en la zona (recuérdese la denominada Cueva de san Genadio o la iglesia de Santiago de Peñalba) desde finales del siglo IX y comienzos del X⁶.

4. VV. AA., *Galicia no tempo*, Catálogo de la Exposición, Santiago de Compostela, 1991. Bajo el núm. 35, pp. 130-131, se describe el altar de San Pedro de Rocas, datándolo alrededor del año 573.

5. Al visitar en fechas recientes la localidad de Compludo, pudimos comprobar *in situ*, aproximadamente a un km. del pueblo, el lugar que es considerado como el «solar del monasterio», que habría estado ubicado en el actualmente denominado «prado de la iglesia».

6. El 24 de octubre del año 919 se consagra a San Pedro la Iglesia del reedificado monasterio de Montes, actuando en su consagración cuatro obispos: el propio Genadio, de Astorga; Sabarico, de Dumio; Frunimio, de León; y Dulcidio, de Salamanca.

En la montaña leonesa de Boñar, en los montes de Pardomino, diversos eremitas estuvieron en el punto de partida de la fundación de pequeñas iglesias, más tarde convertidas en monasterios, ampliamente atestiguados en numerosos documentos del *Tumbo de León*. Algunos de esos eremitas tenían nombres que, más tarde, fueron muy celebrados y recordados. Dos de ellos, Froilán y Atilano, terminaron siendo fundadores monásticos y obispos. Volveremos sobre ellos.

Si nos adentramos en la comarca de Liébana, comprobaremos que el eremitismo tuvo un gran protagonismo desde época muy temprana, como lo confirman las todavía numerosas huellas del mismo en la ladera norte del monte Viorna, en las proximidades de Potes. El obispo Toribio de Palencia habría fundado un cenobio en el siglo VI, que puso bajo la advocación de san Martín⁷. Es inexcusable recordar que en el último tercio del siglo VIII adquirieron notable protagonismo en este monasterio el monje Beato y el obispo Eterio. Disponemos de numerosas huellas que recuerdan y evocan asentamientos eremíticos, semirupescos o no, como es el caso de la Cueva Santa⁸ o los restos de la ermita de Nuestra Señora de los Ángeles; al margen de otras ermitas diseminadas por los planos inferiores de la ladera del citado monte Viorna, según se va descendiendo hacia el actual monasterio de Santo Toribio de Liébana: Santa María Magdalena, San Pedro, Santa Catalina, San Miguel y San Juan de la Casería. En definitiva, se puede afirmar que, alrededor del monasterio de Santo Toribio, en un radio de unos 500 metros, se localiza un conjunto de ermitas, que en su momento habrían sido eremitorios, lugares de retiro, oración y vida ascética de los monjes de la comarca.

El espacio en el que entran en contacto las actuales provincias de Palencia, Santander y Burgos, territorio perteneciente básicamente a la antigua diócesis de Burgos y articulado, fundamentalmente, por el curso alto del río Ebro, es muy rico en hábitats rupestres y en asentamientos eremíticos, con especial protagonismo de sus iglesias; algunas de las cuales siguen todavía abiertas al culto en el día de hoy, como ocurre en el caso de Olleros de Pisuerga. Entre otras ermitas rupestres de la zona, me voy a limitar a mencionar, únicamente, dos de ellas: la palentina de Villarén y la burgalesa de Presillas.

7. No se debe perder de vista otra tradición: la relacionada con un obispo homónimo y también santo, Toribio de Astorga, quien, tras peregrinar a Jerusalén en el siglo V, habría traído hasta Astorga un trozo importante del *Lignum Crucis*. Para evitar que tan preciada reliquia cayera en manos musulmanas, la habrían trasladado, juntamente con los restos del obispo Toribio de Astorga, a estas montañas de Liébana.

8. Al parecer, la Cueva Santa es una construcción prerrománica, de influencia asturiana, construida antes del año 900, aunque pudiera remontarse al final de la época visigoda. Consta de dos plantas: la inferior, excavada en la roca, sería la celda; y la superior, una pequeña capilla.

Tiene un interés especial la ermita de San Martín de Villarén. Durante algún tiempo, por haber leído mal una *datatio* que figura en ella, se ha pensado que se trataba de un eremitorio del siglo VI (del año 587). Todavía en el día de hoy se siguen haciendo lecturas aberrantes de su fecha, por no haber interpretado correctamente la *t* (visigótica) que figura en ella. La realidad, no obstante (y ya lo habían destacado algunos investigadores, como García Lobo), es que no cabe otorgarle otra data que el año 1087. La cuestión no es baladí, pues dicha datación en el año 587 ha sido tomada como base para, extrapolándola, aplicarla a muchos de estos hábitats eremíticos. Por su parte, el eremitorio de Presillas (Burgos) llama la atención por su atractivo y espectacular emplazamiento en las entrañas de un roquedo aislado, realizado al propio tiempo por el robledal que lo rodea, pero, especialmente, por las dos alturas de su iglesia y su columna central⁹.

Fig. 1. Eremitorio e inscripción de San Martín de Villarén (Palencia)

La cuestión de la cronología de los asentamientos eremíticos nos interpela de una manera peculiar cuando nos aproximamos al burgalés Condado de Treviño, con los dos grandes conjuntos eremíticos de Las Gobas y Santorcaria. En la segunda de las iglesias de Las Gobas (la «iglesia superior», en terminología de Monreal Jimeno¹⁰), una serie de palabras y frases esgrafiadas nos invitan a realizar algunas consideraciones sobre las grafías utilizadas y su posible datación, que, con todas las reservas y como hipótesis de partida, propondría situar en el siglo VII. Al observar la letra *g*, el nexa *res*, el estilo y el aspecto general de las grafías parecen invitarnos a pensar que estamos muy próxi-

9. Comparte estas dos características (los dos niveles y el pilar central) con el eremitorio del próximo pueblo de Arroyuelos (Cantabria). Esas columnas o pilares centrales parecen evocar la que, a modo de palmera, está presente en San Baudelio de Berlanga (Soria).

10. He utilizado el estupendo trabajo de este autor, en el que inventaría numerosísimos asentamientos eremíticos en el área de influencia del río Ebro (y de varios de sus afluentes), desde la provincia de Palencia a La Rioja: L. A. MONREAL JIMENO, *Eremitorios rupestres alto-medievales (El alto valle del Ebro)*, Universidad de Deusto, Bilbao, 1989.

Fig. 2. Ruinas de San Pedro de Arlanza (Burgos), desde la ermita de San Pedro el Viejo

mos al mundo gráfico reflejado en las pizarras visigodas. Por otra parte, parecen sugerir un ámbito cultural en el que debía estar muy presente, asimismo, el mundo de los copistas de códices y de aquellas personas que al escribir piensan que van a ser leídos y piden una oración a sus posibles lectores, como aquí, con estas palabras: «*Orate pro me, lectores, sic Dominum adiuatis protectore[m]*».

Hay un tercer ejemplo burgalés, entre otros susceptibles de ser evocados. Nos vamos ahora al valle del río Arlanza. La fundación del monasterio de San Pedro de Arlanza habría tenido lugar en el año 912. Con todos los problemas que suele plantear la datación del cenobio en esta fecha o, incluso, la evocación más o menos romántica de sus ruinas, la realidad es que también hubo eremitas por la zona. Debieron estar asentados en el lugar que hoy ocupan las ruinas de la ermita de San Pedro el Viejo o San Pelayo, en lo alto de una peña. Desde ella, desde su asentamiento de tipo eremítico, habrían descendido al valle para ocupar el espacio en el que hoy contemplamos los restos monásticos de San Pedro de Arlanza. Igualmente, en las proximidades del citado San Pedro, aguas abajo del Arlanza, se encuentra la villa de Covarrubias, muy celebrada y recordada por el documento que sobre ella redactó Florencio de Valeránica en el 978. Pues bien, en él son mencionados como confirmantes un total de 20 eremitas, que, quizá, ocupaban las numerosas «cuevas rojas» existentes en el entorno.

Finalmente, llegamos a La Rioja, para detenernos brevemente en dos centros que también polarizarán nuestra atención en una etapa posterior, pero

que los mencionamos ahora por las huellas de eremitismo que, aunque de forma muy desigual, están presentes en uno y otro. Me refiero a San Martín de Albelda y San Millán de la Cogolla.

Se viene admitiendo que el monasterio de San Martín de Albelda se fundó el año 924, como consecuencia de la victoria de las tropas cristianas en Viguera, del año anterior. Pero, al parecer y como una realidad previa, quizá habría que tener en cuenta asentamientos de carácter eremítico y rupestre en la peña Salagona y lugares próximos. Con posterioridad, «bajo la mencionada peña Salagona de Albelda, se irían levantando las distintas edificaciones del monasterio de San Martín que tuvieron vigencia durante la Alta Edad Media»¹¹. Sucesivos derrumbes de la peña a lo largo de diferentes épocas contribuyeron al deterioro del monasterio, del que aún perviven topónimos como «La Claustra» o «La Panera». Esta última es una pequeña capilla parcialmente rupestre¹².

Hay numerosos abrigos en las peñas de las inmediaciones, en los que también halló cobijo, por ejemplo en Viguera, la ermita de San Esteban, que, con una cronología entre los siglos VI-VIII (para su fase inicial), debió pertenecer a un importante conjunto monacal, aprovechando los abrigos de las rocas que la rodeaban.

San Millán de la Cogolla tiene un protagonismo especial: es quizá uno de los pocos monasterios importantes que hunden sus raíces de forma clara en época visigoda, aunque la vida monástica en el mismo parece haber estado interrumpida durante varios siglos, hasta su restauración en los años medios del siglo X. No es necesario insistir demasiado en sus orígenes: lugar de retiro del monje Emiliano, cuya muerte se habría producido, con bastante probabilidad, en el año 574 y al que dio fama y protagonismo san Braulio, obispo de Zaragoza (631-651), al escribir su vida.

Baste recordar aquí dos hechos determinantes: la existencia de la vida eremítica en San Millán y su posterior transformación en un monasterio benedictino¹³. Desde luego, tampoco se pretende abordar ahora de qué forma se fue produciendo dicha transformación, ni cuáles fueron los jalones que, en el ámbito de la cultura escrita, nos permiten reconstruir el proceso de incorpora-

11. R. FONCEA LÓPEZ, «Albelda de Iregua»: *Enciclopedia del Románico. Rioja, tomo I*, Fundación Santa María la Real-C.E.R., Aguilar de Campoo (Palencia), 2008, pp. 121-130, en la p. 121.

12. En Albelda quedan las huellas, quizá, de una iglesia «propia», la de Las Tapias, del siglo VII.

13. I. G. BANGO TORVISO, «Del eremitorio de San Millán al monasterio benedictino»: *El monacato espontáneo. Eremitas y eremitorios en el mundo medieval*, Fundación Santa María la Real-C.E.R., Aguilar de Campoo (Palencia), 2011, pp. 199-226.

ción de varios códices que se hallaban en la biblioteca monástica del cenobio emilianense en el siglo XIX, cuando a mediados de dicho siglo fueron trasladados a la biblioteca de la Real Academia de la Historia (R.A.H.).

En este sentido, cabe señalar (dado que varios de los mencionados códices parecen tener una cronología anterior a los años medios del siglo X, momento de la «refundación» monástica de San Millán), que la confección de los mismos debió llevarse a cabo en otros *scriptoria* monásticos que estuvieran activos con anterioridad a esa nueva puesta en marcha del cenobio emilianense. El fenómeno, por otra parte, no debe considerarse como exclusivo del centro riojano.

Iglesias «propias» y monasterios dúplices. Restos y testimonios evocadores de asentamientos cenobíticos

Llegados a este punto, parece oportuno retomar la cuestión de las iglesias «propias» y de los monasterios dúplices, toda vez que han pervivido hasta nuestros días variados tipos de testimonios y de diferente signo (restos arqueológicos, epigráficos, copias documentales), pero, en todo caso, evocadores de asentamientos cenobíticos, al margen de los eremítico-rupestres señalados con anterioridad y con especiales implicaciones en el ámbito de la cultura escrita, que es el que ahora nos interesa.

Originales en pergamino. Como es sabido son muy escasos los documentos originales en pergamino, elaborados o atribuidos a centros monásticos, anteriores al siglo X. Quiero recordar aquí, únicamente, como testimonios señeros, originales y representativos de la actividad escrituraria en el mencionado ámbito monástico, en primer lugar, el documento que contiene la donación otorgada por Fakilo en el año 803 al monasterio de Santa María de Libardón (junto a Colunga), redactado en visigótica cursiva¹⁴. En segundo lugar, cabe hacer mención de los tres originales iniciales del fondo documental del monasterio de Santa María de Piasca. Contienen otras tantas ventas de fincas en Piasca, llevadas a cabo entre los años 857 (el primero) y 861 (los otros dos textos), asuntos que fueron consignados por la misma mano, la del *scriptor* *Ermoigius*, empleando a tal efecto unas soluciones gráficas semicursivas, próximas a una visigótica redonda ejecutada por una persona no demasiado hábil.

Inscripciones. La inscripción de consagración de la iglesia de Mijangos, del año 601, atestigua la presencia temprana del cristianismo en esa comarca vertebrada por el río Ebro; pero, sin dejar de ser un notable y evocador testi-

14. Ha sido estudiado y reproducido recientemente: M^{ra}. J. SANZ FUENTES Y M. CALLEJA PUERTA, *Litteris confirmetur. Lo escrito en Asturias en la Edad Media*, Cajastur, Oviedo, 2005, pp. 231-238.

monio de la misma, es uno más dentro de un conjunto de numerosos asentamientos de los siglos VII-VIII, que, tomando como epicentro la localidad burgalesa de Trespaderne y dentro de un radio de unos treinta kilómetros, podría estar integrado por una treintena de núcleos cristianos, sin olvidar los existentes en los valles, un poco más alejados, de Mena y Valderredible. Se nos muestra, de paso, como un excelente testimonio de los usos paleográficos y diplomáticos (grafías unciales, tipología y formulario subyacente) del momento.

Textos documentales en copias simples. La *Diplomática española del periodo astur*, la importante colección documental reunida por Floriano Cumbreño hace ya más de 60 años, sigue prestando en el día de hoy impagables servicios y me ha servido de referencia para seleccionar algunos textos, que considero de interés. Me centraré especialmente en los recogidos en cartularios, para extraer de ellos varios datos sobre la temprana cronología de determinados cenobios y ciertas noticias vinculadas con ellos que pueden resultar válidos para el fin propuesto en estos momentos¹⁵.

No obstante, antes de avanzar por ese intrincado conjunto de textos recogidos en cartularios como los de Liébana, Cardeña, Valpuesta o San Millán, parece oportuno recordar que un documento falso o interpolado también puede ser aprovechado para diversos tipos de cuestiones, especialmente una vez que se haya podido detectar por qué o para qué se falsificaron algunas de sus partes o el conjunto de la pieza en cuestión. Así, un documento falso puede ser útil y ofrecer pistas para una investigación posterior, por ejemplo, desde el ámbito de la arqueología; y, a la inversa, unos testimonios arqueológicos pueden contribuir a despejar las dudas que se ciernen sobre textos altomedievales conservados, de forma exclusiva, bajo la modalidad de copias.

Todavía nos hallábamos a mediados del siglo de la invasión musulmana cuando un 24 de abril del año 759, muy cerca de la actual localidad burgalesa de Belorado, al Sur de la misma y a orillas del río Tirón, se constituyeron como comunidad monástica femenina de San Miguel de Pedroso un grupo de 27 monjas y un presbítero, bajo la abadesa Nunna Bella¹⁶. Sin entrar en otro tipo de consideraciones, por ejemplo, sobre el pacto monástico establecido entre ellos, interesa destacar la temprana cronología del cenobio y su larga continuidad y pervivencia activa en tiempos posteriores.

15. Tengo asimismo presente un trabajo recopilatorio de cenobios de esta etapa: N. LÓPEZ MARTÍNEZ, *Monasterios primitivos en la Castilla Vieja (s. VI-XII)*, Academia Burgense de Historia y Bellas Artes. Institución Fernán González, Burgos, 2001 (= LÓPEZ MARTÍNEZ, *Monasterios primitivos*).

16. A. UBIETO ARTETA, *Cartulario de San Millán de la Cogolla (759-1076)*, Valencia, 1976 (Becerro Galicano de San Millán, ff. 85v-86), núm. 1, p. 9 (= UBIETO ARTETA, *Cartulario de San Millán*). A. C. FLORIANO CUMBREÑO, *Diplomática española del periodo astur (718-910)*, I parte, Oviedo, 1949 (= FLORIANO, *Diplomática*).

Fig. 3. Ruinas de San Juan de la Hoz,
en Cillaperlata (Burgos)

Un poco más tarde, pero, en todo caso, antes del 31 de diciembre del año 790, fecha en la que el abad Alejandro Quilino le hizo una espléndida donación, debía existir actividad monástica en el cenobio de San Juan de la Hoz (en Cillaperlata, Burgos)¹⁷, que inicialmente debió ser eremitorio y para el que se habrían aprovechado dos cuevas. Fue monasterio dúplice durante algún tiempo, con el interés añadido de que de él salieron las primeras monjas para la fundación de San Salvador de Oña (año 1011), entre ellas doña Oñeca, hija del conde García Fernández y primera abadesa de Oña. Las ruinas y «las excavaciones practicadas por los arqueólogos han demostrado la superposición de construcciones visigotizantes, románicas y góticas. Se ha comprobado asimismo la existencia de una necrópolis, con 84 tumbas de los siglos VIII-XI»¹⁸.

Todavía antes de que finalizase el siglo VIII, el 18 de octubre del 796, un tal Pruello, con otros monjes, al vender una heredad al monasterio de Villeña (en Liébana), precisan el precio que les pagaron por algunos bienes, entre ellos varios semovientes y libros, de la forma siguiente: «*boue in solido et*

17. López Martínez indica en nota que el «amplio documento de la donación está inserto en una confirmación hecha por Alfonso X en 1279, actualmente en A.H.N., Oña, carpeta 293» (LÓPEZ MARTÍNEZ, *Monasterios primitivos*, p. 52, nota 100).

18. LÓPEZ MARTÍNEZ, *Monasterios primitivos*, p. 82. Asimismo, en la p. 38, nota 55, señala: «Las excavaciones del último decenio han demostrado que la iglesia románica del monasterio de San Juan de la Hoz se construyó sobre otra de ábside cuadrado en cuyo nivel han aparecido restos de clara influencia visigótica» y cita a: J. ANDRIO GONZALO Y OTROS, *El conjunto arqueológico del monasterio de San Juan de la Hoz de Cillaperlata (Burgos)*, Miranda de Ebro, 1992.

trem[isse], baca uitulata in solido et tremise, libros III^{es}: Antiphonare in tres solidos, Oracionum in duos solidos, Comicu in duos solidos; sub uno in decem solidos et linteum similiter»¹⁹.

En el año 800 habría tenido lugar la fundación, por el abad Vitulo y por Erbigio, su hermano, del monasterio de los santos Emeterio y Celedonio de Taranco, en el Valle de Mena. Ya Floriano Cumbreño había calificado la tradición documental de este texto como una «interpolación por sublimación»²⁰; y, desde luego, no son más favorables las valoraciones emitidas sobre él y sobre otros documentos muy posteriores del mismo cenobio por Martínez Díez: «la serie de nueve diplomas referentes al monasterio de Taranco... es la más manipulada y falsificada de toda la documentación emilianense»²¹. La única razón para mencionar aquí este problemático texto (al margen de una referencia genérica a «... casullas, libris, calicis...») reside en el hecho de que en él aparece, por primera vez, el nombre de Castilla («*in territorio Castelle*»); y quizá podría ser aprovechado como testimonio de un temprano asentamiento monástico en Taranco.

Hemos comenzado a constatar vinculaciones entre antiguos cenobios del siglo VIII (Pedroso, San Juan de la Hoz, Villeña y Taranco) que más tarde se incorporaron a grandes centros monásticos como San Millán de la Cogolla u Oña. Además, en varios de dichos textos, se mencionan libros. Pues bien, utilizando estos últimos, los códices, como hilo conductor, vamos a dar un salto hasta la segunda mitad del siglo IX para comprobar que las cifras de libros que se barajan en tales documentos (aunque la autenticidad diplomática de los mismos no sea total y absoluta) comienzan a ser importantes. Menciono, brevemente, algunos datos proporcionados por el *Becerro de San Millán*, en relación con tres cenobios burgaleses.

El abad Pablo, el presbítero Juan y el clérigo Nuño, al proceder a la colonización monástica del territorio de Pontacre y San Martín de Herrán, en el año 853, enumeran los bienes que aportan, entre los que destacamos aquí algunos de los que constituían el tesoro de la iglesia: «*Composuimus tesauro ecclesie, libros et casullas et calices duos argenteos, IIII casullas palias, XXX libros, duas cruces de allaton...*»²². Por cierto, en esta misma zona todavía son loca-

19. FLORIANO, *Diplomática*, pp. 92-94. Doc. núm. 15, del 18 de octubre del 796 (*Cartulario de Liébana*).

20. FLORIANO, *Diplomática*, pp. 95-98. Doc. núm. 16, del 15 de septiembre del 800 (*Becerro de San Millán*, ff. 179-180). UBIETO ARTETA, *Cartulario de San Millán*, pp. 10-12.

21. G. MARTÍNEZ Díez, *Monasterios e iglesias burgalesas dependientes de San Millán de la Cogolla*, Academia Burgense de Historia y Bellas Artes. Institución Fernán González, Burgos, 2007, p. 47 (= MARTÍNEZ Díez, *Monasterios*).

22. FLORIANO, *Diplomática*, pp. 248-250. Doc. núm. 55, del 4 de julio del 853 (*Becerro de San Millán*).

lizables diversos asentamientos eremíticos, como la ermita del desfiladero del río Purón o el eremitorio de El Pópilo.

En el mismo día, mes y año del texto precedente está datada la «donación fundacional del Monasterio de San Martín de Flabio, en el valle de Losa»²³. Ahora bien, si la coincidencia de ambas fundaciones en la misma fecha ya resulta de entrada bastante llamativa, se convierte todavía en mucho más sorprendente el comprobar que los fundadores son también los mismos (abad Pablo, el presbítero Juan y el clérigo Nuño); si bien, en este caso, la aportación de códices se cifra en «*viginti sex libros*»²⁴.

De diez años más tarde, el abad Severo se entrega, con su persona y bienes, al monasterio de San Felices de Oca. También se mencionan códices, pero introduciendo ya la clásica distinción entre eclesiásticos y espirituales: «*cum libros ecclesiasticos et libros espirituales*»²⁵. Este texto contiene, a continuación de la del abad Severo, la entrega que el conde Diego hace, asimismo, de su persona y bienes. Sin embargo, su aportación debió quedar incompleta, puesto que, un año más tarde, dicho conde aparece intitulado un nuevo documento, en el que figura que, además de la transmisión al monasterio de San Felices de Oca de numerosos cenobios (entre ellos el de San Martín de Herrán), le hizo donación de «*triginta octo libros*»²⁶.

Sin dejar de insistir en la desigual fiabilidad de las copias precedentes, la frecuente alusión en ellas a códices, al tiempo que vuelve a interpelarnos sobre las personas y los lugares en los que se habrían confeccionado (aunque sea con el pesado bagaje de todos estos interrogantes y dudas), nos sirven de transición para adentrarnos en unas cronologías y realidades más fácilmente constatables, las que se desarrollan en los siglos X-XII, en las que ya podremos movernos con una mayor seguridad. En efecto, como es bien sabido, desde los propios inicios del siglo X ya comienzan a sonar los nombres de algunos *scriptoria* y los de los principales responsables de los mismos en la elaboración de códices y documentos.

ESCRIBIR EN LOS MONASTERIOS DE LOS SIGLOS X-XII

Conviene, en primer lugar, tener muy presente lo ya apuntado sobre la incorporación de los pequeños cenobios, incluyendo las iglesias «propias» y los monasterios familiares o dúplices, con sus bienes muebles y raíces y el con-

23. Íd., *ibid.*, pp. 251-254. Doc. núm. 56, del 4 de julio del 853 (*Becerro de San Millán*).

24. En definitiva, tantos paralelismos entre ambas dotaciones inducen a pensar que, por lo menos, una de ellas debe ser absolutamente falsa.

25. Íd., *ibid.*, pp. 317-319. Doc. núm. 78, del 5 de marzo del 863 (*Becerro de San Millán*).

26. Íd., *ibid.*, pp. 321-324. Doc. núm. 80, del 2 de mayo del 864 (*Becerro de San Millán*).

junto de su patrimonio escrito (documentos y libros), a otros centros de mayor entidad y capacidad integradora, como San Millán de la Cogolla, San Pedro de Cardeña o San Benito de Sahagún²⁷, en la línea de las directrices marcadas por la reforma gregoriana. Se puede señalar que, especialmente a partir de los años medios del siglo XI, esas incorporaciones de pequeños monasterios, que pasarán a ser controlados por los más notables, fueron masivas²⁸.

Con el trasfondo de los libros y su trasiego, recogido en los documentos de los siglos VIII y IX, vamos a iniciar una referencia a los *scriptoria* monásticos del siglo X, aludiendo principalmente a los códices y a los responsables de su elaboración, con algunas incursiones posteriores en el ámbito de los documentos y de las inscripciones.

En el año 2012 se recordaron con diversos actos académicos (conferencias, cursos de verano, etc.) los 1100 años de la llegada de los ejércitos cristianos a la línea del Duero y su posterior asentamiento, puesto que en el año 912 habrían ocupado localidades como Roa, Clunia, Haza, San Esteban de Gormaz, completando la fortificación del Duero con la repoblación de Osma²⁹. Pues bien, la incorporación de las tierras ribereñas del Duero a la monarquía astur-leonesa supuso el restablecimiento de la vida monástica en numerosos lugares, como una gran floración y en un corto período de tiempo, fundamentalmente durante el primer cuarto del siglo X. Así, desde La Rioja al Atlántico, podríamos recordar el surgimiento, entre otros, de los siguientes cenobios:

Desde el año 924 estaría en marcha el monasterio de San Martín de Albelda, y poco después San Millán de la Cogolla. Siguiendo hacia Occidente, cabe reseñar la temprana puesta en marcha de tres importantes monasterios burgaleses: San Pedro de Cardeña (años 899-900), un poco más tarde (quizá en el 912) surgiría San Pedro de Arlanza y, alrededor del 924-925, San Pedro

27. Se puede recordar, asimismo, el ejemplo proporcionado por el *Tumbo de León*, concebido y organizado de forma que sus documentos fueron transcritos agrupándolos por monasterios; sin duda, porque los pergaminos de cada uno de ellos constituían pequeños lotes o archivos independientes.

28. Martínez Díez, refiriéndose al monasterio de San Millán de la Cogolla, afirma: «Resulta auténticamente sorprendente la extensión y penetración de este monasterio riojano por tierras burgalesas; más de una cincuentena de monasterios y una treintena de iglesias no monasteriales dependían del famoso cenobio» (MARTÍNEZ DíEZ, *Monasterios*, p. 9).

29. «Las conquistas militares darían paso enseguida a tareas de colonización. Mientras los guerreros imponían su ley, pequeños grupos de parientes y de familias conyugales y monásticas, sintiéndose protegidos, se fueron asentando en estas tierras bajo condiciones nuevas; en la ladera de un cerro, sobre un hábitat más antiguo, al lado de una fortificación militar, junto a la ribera de un río... Es el origen de nuestros pueblos» (L. Martínez García, en el tríptico anunciador del Curso de verano celebrado en Aranda de Duero: «*Del Arlanza al Duero. Mil cien años de historia y patrimonio (912-2012)*»). En dicho curso, Serna Serna ofreció una interesante conferencia sobre «*La escritura visigótica en el siglo X: Los códices*».

de Valeránica. Otras restauraciones o fundaciones monásticas, quizá coetáneas, serían las del cenobio palentino de San Román de Entrepeñas (comienzos del siglo X) y, muy posiblemente, las de Bamba y San Cebrián de Mazote. Antes de que finalizase el siglo IX o a comienzos del X debió comenzar su andadura (al parecer, de la mano de san Froilán) el zamorano de Tábara. Por su parte, Sahagún, que venía existiendo por lo menos desde la segunda mitad del siglo IX (fue arrasado en una aceifa del año 883), recibía todo el respaldo del rey Alfonso III en el año 904. San Miguel de Escalada parece que está en funcionamiento en el 913 y Eslonza quizá un poco antes del 912, pues el 30 de agosto de ese año el rey García I hizo una donación al cenobio³⁰. Abellar está atestiguado, al menos, el año 905. Albares está activo en el 920. San Pedro de Montes en el 919. San Martín de Castañeda en el 921. San Esteban de Ribas de Sil puede ser datado en el año 925, según una inscripción desaparecida hace ya bastante tiempo.

Con este amplio ramillete de cenobios (desde luego no ha pretendido ser una relación exhaustiva), disponemos de un elenco de asentamientos, de los que, en bastantes casos, tenemos diversas referencias sobre su vinculación más o menos intensa e importante, aunque no siempre, con el mundo de la cultura escrita.

En la etapa del monacato «espontáneo» y prebenedictino, ya vimos circular libros con motivo de las dotaciones o fundaciones de iglesias o monasterios. Además de ciertos códices necesarios para las celebraciones litúrgicas y otros para proporcionar una cierta formación, sabemos de la existencia de reglas monásticas por las que debían regirse las comunidades, por ejemplo, la de san Fructuoso, y otros célebres eremitas, como san Valerio (cuya persona y escritos fueron magníficamente estudiados por Díaz y Díaz³¹); y desde luego alguien las tendría que copiar, adaptar y comentar. Sin olvidar la capacidad para redactar documentos, como el tipo (de cuño fructuosiano) denominado «pacto monástico», presente en San Miguel del Pedroso en el año 759, como ya vimos, o en San Vicente de Oviedo en el 781.

La importante concentración de monasterios en el primer cuarto del siglo X no significa que todos nos hayan proporcionado testimonios escritos dentro de esa cronología, ni que en todos ellos existiera por entonces un *scriptorium* puntero. Es más, casi diría que me está asediando, cada vez con

30. J. M. RUIZ ASENCIO E I. RUIZ ALBI, *Colección documental del monasterio de San Pedro de Eslonza, I (912-1300)*, Colección «Fuentes y Estudios de Historia Leonesa» (= Col. «F.E.H.L.»), núm. 120, León, 2007, núm. 1, pp. 49-51 (= RUIZ ASENCIO Y RUIZ ALBI, *Colección de Eslonza*).

31. M. C. DÍAZ Y DÍAZ, *Valerio del Bierzo. Su persona. Su obra*, Col. «F.E.H.L.», núm. 111, León, 2006.

más fuerza, la idea de que la mayoría de los mejores códices visigóticos del siglo x que han llegado hasta nosotros proceden de un corto número de *scriptoria* monásticos. Es una mera intuición, que incluso no llega a alcanzar el nivel de hipótesis, pero ahí queda planteada.

Casi seguro que en cada cenobio había una o dos personas con capacidad para redactar documentos y copiar modestos códices, que pudieran servir para cubrir las necesidades más perentorias y los usos y servicios cotidianos de la comunidad; pero otra cosa bien distinta es tener la capacidad de poder elaborar piezas como el *Albeldense*, o los muy tempranos de Gómez de Cardeña, la *Biblia* de Valeránica o el *Beato de Escalada*, que debieron tener detrás una gran cualificación técnica y un no menor potencial económico, que hiciera asumible y realizable tamaña empresa.

Por otra parte, las ingentes pérdidas de nuestro patrimonio escrito no nos permiten hacernos una idea adecuada de la capacidad y potencial de determinados cenobios. Hay dos ejemplos paradigmáticos, los monasterios de Sahagún y Silos. Mientras que del primero se nos conserva una amplia e importante colección documental y apenas dos o tres códices; de Silos conservamos alrededor de 49 códices visigóticos (códices y fragmentos) y, apenas, unos pocos documentos. Además, se constatan fuertes diferencias entre los fondos bibliográficos de un mismo cenobio; lo que, o bien podría ser debido a la diversa procedencia de sus manuscritos, o bien ser consecuencia de la posible existencia de fases más brillantes del *scriptorium* (como ocurre en Silos, tras la llegada del monje Domingo) junto a otras claramente decadentes.

Con estos *praenotanda* se mencionan, a continuación, varios manuscritos y sus copistas, sobre los que hay un cierto consenso en asociarlos con monasterios concretos, tratando de comprobar así cuál podría ser el tipo de *scriptorium* predominante, haciendo de paso una escueta referencia al número de personas destinadas en ellos.

Los códices del siglo x

A mi entender, el *scriptorium* más importante a comienzos del siglo x, dentro del amplio territorio que ahora nos ocupa, es el del monasterio de San Pedro de Cardeña. En él comenzó trabajando el copista Gómez, realizando, entre los años 910-914, dos magníficas piezas: la *Biblia* del Archivo de la Catedral de Burgos (A.C.B.) y los *Moralia in Iob* de la John Ryland's Library de Mánchester (J.R.L.), lat. 93. Con posterioridad, en el 919 o poco después, entra en acción Endura, con el *Passionarium Hispanicum*, actualmente en la British Library de Londres (B.L.), Add. Ms. 25600. El propio Endura y Sebastián finalizaron en el año 949 el Casiodoro, *In Psalmos*, de la mencionada J.R.L.

(lat. 99). Finalmente, Endura y Diego, consiguieron llevar a puerto las *Etimologías* de la R.A.H., cód. 76, del año 954. Todavía podrían ser tenidos en cuenta otros manuscritos, cuya adscripción a Cardeña se discute, como el Smaragdo, *In regulam sancti Benedicti*, de la J.R.L. (lat. 104), de finales del siglo IX. Pero, tras lo hasta aquí esbozado, queda constancia de una importante producción de códices en Cardeña, durante la primera mitad del s. X, con, al menos, cuatro copistas en activo.

Otro cenobio burgalés, San Pedro de Valeránica (posiblemente fundado con monjes procedentes de Cardeña, o bien a través de la comunidad de San Pedro de Arlanza, en el 925), va íntima e indisolublemente asociado con el gran calígrafo Florencio, que, primero trabajando en solitario en códices y documentos, contó más tarde con la colaboración de su discípulo Sancho, en la *Biblia* del 960, del Archivo de San Isidoro de León (A.S.I.L.). Florencio ha sido considerado con razón como el más grande calígrafo castellano³². Al margen de los documentos por él redactados, sabemos que fue el responsable directo de cuatro códices, entre los años 943 y 960. Su actividad como copista se inició en el año 943 con la denominada *Biblia de Oña* (de la que se conservan 13 folios dispersos entre Silos, Salamanca y Roma). Florencio copió, a continuación, los *Moralia in Iob*, del año 945, en la Biblioteca Nacional de Madrid (B.N.M.), cód. 80. Diez años más tarde, en 953, certificaba con su nombre la copia del *Comentario* de Casiodoro al *Libro de los Salmos*, si bien este manuscrito, que formó parte de la Biblioteca de San Isidoro de León, desapareció de ella antes de 1855. Por último, alrededor del año 960, dio fin a un cuarto y voluminoso códice, de 456 folios, escrito a tres columnas, el de las *Homilias* de Smaragdo, hoy en el Archivo de la Catedral de Córdoba (cód. 1).

El monasterio zamorano de San Salvador de Tábara reclama en este momento nuestra atención por dos motivos: lo fundó el eremita Froilán y contó, al menos durante el tercer cuarto del siglo X, con un importante *scriptorium*. La fundación de Tábara por san Froilán nos vuelve a remitir a los eremitas de Pardomino, entre los que, a finales del siglo IX, se encontraban Froilán y su discípulo Atilano. Tenemos bastantes datos sobre Froilán³³, que alcanzó la santidad, fue obispo y es patrono de la diócesis de León (al frente de la cual estuvo poco más de cinco años, pues murió en el 905) y al que, además del

32. Hay una reciente y excelente monografía sobre Florencio y su producción: E. GARCÍA MOLINOS, «Florencio de Valeránica, calígrafo y notario del siglo X»: *El Reino de León en la Edad Media XI*, Col. «F.E.H.L.», núm. 105, León, 2004, pp. 241-430.

33. Su vida la escribió el diácono Juan, un contemporáneo suyo y la conocemos por haber sido recogida, en el año 920, en la *Biblia de Albareda* del Archivo de la Catedral de León (A.C.L.), cód. 6.

de Tábara, se le atribuye la fundación del de Moreruela. Si bien parece que el responsable de la puesta en marcha de este último debió ser su citado discípulo, también con fama de santo y, además, obispo de Zamora, san Atilano.

El caso del eremita Froilán, fundador del cenobio de Tábara, cuyo *scriptorium* dará frutos llamativos y espectaculares, permite ejemplificar bastante bien una cierta continuidad entre el eremitismo y monacato «espontáneo» y prebenedictino de los primeros tiempos (ss. VII-IX) y una vida monástica más controlada y reglada conforme a la «norma» de san Benito, que habría contribuido a consolidar los usos escriturarios en los monasterios del s. X. Tal continuidad, con la coexistencia o alternancia de fases de eremitismo y de cenobitismo, intercalándose, incluso, a lo largo de vida de una misma persona, quizá no fueron ajenas a otras figuras del eremitismo, como Millán o Genadio.

Dos célebres *Beatos* salidos del mismo *scriptorium* de Tábara, los de Tábara y Gerona, muestran unas calidades que no pueden ser recogidas como merecen en unas pocas palabras. El más temprano de ellos, el denominado *Beato de Tábara*, del A.H.N. (cód. 1097B), había sido iniciado por Magio, pero, al morir en el año 968, el código quedó inacabado, por lo que llamaron a su discípulo Emeterio para completarlo. Emeterio contó con un importante colaborador, Senior; pero a ambos y casi con toda seguridad, les ayudó una tercera persona en la tarea de preparar, adecuar y disponer las pieles para recibir la escritura. Terminaron su trabajo en el año 970.

En cuanto al *Beato de Gerona* (Gerona, Archivo Capítular), fue realizado igualmente en el cenobio tabarense en el año 975, por un equipo constituido asimismo por tres personas, los mencionados, Emeterio y Senior y la pintora Ende. Quizá esta cifra de tres personas pueda ser considerada como básica para constituir el equipo humano del *scriptorium* de un centro importante, como el de la *turre Tabarense*.

Nos detenemos ahora, brevemente, en los monasterios de Albelda y San Millán. Ya he aludido a sus posibles orígenes eremíticos: una realidad incuestionable en el caso de San Millán de la Cogolla y muy probable en el de San Martín de Albelda. San Martín, fundado en el año 924, ya debía tener un potencial importante en el 950, pues el obispo Godescalco, que peregrinaba a Compostela a finales de ese año, logró que le hicieran una copia del «*De Virginitate Beate Mariae Virginis*», de Ildefonso de Toledo. Gómez, copista del monasterio de Albelda, la llevó a cabo (en una estupenda visigótica redonda), y así pudo recogerla Godescalco cuando regresaba a su tierra, en enero del 951. Copia que se halla en la Biblioteca Nacional de Francia (B.N.F.), cód. lat. 2855.

Un documento del citado año 950, redactado y suscrito por Vigila, relata el traslado de siete monjes del monasterio de San Prudencio de Monte Laturce (también de origen eremítico-rupestre) a San Martín de Albelda. Si Vigila

fue el *scriptor* de ese texto y entre los siete miembros de la comunidad que se mencionan hay uno de nombre Sarracino, no parece que se fueren en exceso los hechos y las hipótesis si se propone que ambos son los dos personajes homónimos responsables principales del código *Albeldense* de los concilios, de la Biblioteca de El Escorial (B.E.), realizado entre los años 974-976. En efecto, en la fila inferior de la «galería de retratos» de este código (f. 428) se encuentran representados tres personajes: el *scriba* Vigila, el *socius* Sarracino y el *discipulus* García. Un análisis muy detallado de este manuscrito nos permitió detectar la presencia de dos manos, las de Vigila y Sarracino, alternando cada una en más de 80 ocasiones. El discípulo García habría colaborado en todo lo relacionado con la preparación y adecuación de las materias escriptorias. Tenemos, pues, como en Tábara, otro equipo integrado por tres personas: dos calígrafos y un aprendiz o ayudante.

En San Millán debieron quedarse deslumbrados ante el código realizado por sus «hermanos» de Albelda, por lo que decidieron contar con un manuscrito similar y no pararon hasta conseguirlo (*Emilianense* de la B.E.), aunque no llegaron a igualar al modelo. También imitaron la «galería de retratos» del *Albeldense*, con algunas variantes en lo relativo a los tres miembros del *scriptorium* emilianense. Figuran en este caso: «*Belasco, scriba; Sisebutus, episcopus; Sisebutus, notarius*». Si parece claro el papel de Belasco (un copista), ya no lo es tanto el del obispo Sisebuto (¿había sido antes *scriptor*-copista y abad?). El Sisebuto, notario (con una tablilla encerada), quizá podría ser redactor de documentos; pues su letra, sobre todo si pensamos en la visigótica redonda, sería igualmente válida para copiar códigos.

Además de estos grandes *scriptoria* monásticos del siglo X u otros que podrían ser mencionados (estoy pensando en Escalada), hay códigos cuya adscripción a los cenobios con los que se les viene asociando, quizá debería ser revisada, tratando de vincularlos con centros dotados del potencial suficiente como para elaborar tal tipo de obras de arte. Menciono algunos de ellos:

En primer lugar, la *Biblia del año 920*, procedente del monasterio berciano de Albares. Según se nos indica en el propio código, fueron dos los especialistas que participaron en su elaboración: el diácono Juan³⁴ y el presbítero Vimara. El responsable de su programa iconográfico parece haber desencadenado una auténtica revolución en el panorama miniaturístico de la época y, en opinión de algunos especialistas, puede ser considerado como el punto de partida de varias e innovadoras tendencias en el campo de la iluminación de los códigos.

34. Cabe recordar que a Juan, diácono, se le atribuye la vida de San Froilán copiada en este código: «*Ioannes diaconus scripsit qui legerit oret pro eo ad Deum*» (A.C.L., *Biblia del 920*, cód. 6, f. 216).

Fig. 4. Iglesia, presa y huerta en Albares (León), quizá solar del antiguo monasterio

Un códice muy destacado y temprano, por ser un testigo eminente de la música y de la liturgia hispana a comienzos del propio siglo X, es el *Antifonario* del A.C.L. (cód. 8). Su copista, Totmundo («ille»), se nos quiso presentar en una miniatura ofreciendo su obra al abad (Ikila) que le habría encargado la copia. Se siente orgulloso de lo realizado y espera que lo tengamos presente, ya que había sufrido tanto hasta poder obsequiarnos con su magnífico trabajo («*Me, scriptori, in mente abete, qui hoc pati pro vestro nomine*», f. 1v). Conocemos al copista y al abad, pero nada sabemos del *scriptorium* en el que se realizó el *Antifonario*³⁵.

Hemos citado a Magio, al que vimos acabar sus días (año 968) cuando trabajaba en el *Beato de Tábara*. Quizá fuera pertinente poder desandar su peripécia y su trayectoria vital y profesional, retornando con él al que debió ser su lugar de trabajo habitual: el monasterio de San Miguel de Escalada. En el *scriptorium* de este lugar debía acompañarle su discípulo, el ya citado Emeterio. En todo caso, es una cuestión pendiente de esclarecer si, además de Magio, participó también otro copista en la confección del *Beato de Escalada*³⁶.

Todavía nos restan cuestiones importantes por esclarecer, como pueden ser las que tienen que ver con las relaciones entre *scriptoria* monásticos (por

35. Esta ofrenda del códice al abad seguía siendo algo meritorio 150 años más tarde, en otros ámbitos europeos, en la conocida miniatura del año 1070, representando al abad Desiderio de Montecassino que hace entrega de códices a san Benito («*cum domibus miros plures pater accipe libros*»).

36. Esperamos que García Lobo pueda aclararnos esta y otras cuestiones sobre el *scriptorium* de Escalada. En todo caso, el *Beato de Escalada*, de la Pierpont Morgan Library de Nueva York (cód. 644), es una auténtica joya leonesa de la primera mitad del siglo X y uno de los más importantes *Beatos* que se nos han conservado.

ejemplo, entre Albelda y San Millán, o bien, entre Escalada y Tábara). Es decir, sigue sin despejarse el interrogante relativo a si viajaban los códices o los copistas; interrogante que, quizá, no pueda ser respondido en términos absolutos, por lo que sería deseable poder comenzar a despejarlo a partir de estudios muy concretos y pormenorizados sobre cada manuscrito.

Sabemos que, en efecto, los códices viajaron mucho, fundamentalmente para ser copiados; sin olvidar que, en primer lugar, hay que tener en cuenta que viajaban los textos, es decir, interesaban los contenidos y después se procedía a copiarlos y a multiplicar su conocimiento, con lo que al incrementarse las versiones y las consiguientes variantes, surgían también las distintas familias. Es significativo, por otra parte, el caso de los *Beatos*: con líneas de transmisión de la versión textual y vías de difusión de la tradición pictórica, independientes unas de otras, según los especialistas.

Además de Magio, a quien habíamos dejado como único responsable de nombre conocido del *Beato de Escalada*, en otros *scriptoria* únicamente tenemos atestiguada la actuación de un solo copista. Por lo menos son varios los manuscritos que parecen ser el resultado de la actuación de un solo autor: Oveco, en el *Beato de Valcavado* o *de Valladolid*, del año 970 (Biblioteca Universitaria de Valladolid); Juan, en el *In regulam sancti Benedicti*, del 945, del Archivo del Monasterio de Silos (A.M.S.); o Baltarius, en los *Moralia in Iob*, del año 951 (A.S.I.L., cód. 1).

Es poco lo que sabemos del monasterio de Valcavado, como no sea que a Oveco se le atribuye el haber elaborado en él el *Beato* del mismo nombre, en tres meses del año 970 (desde el 8 de junio al 8 de septiembre), a instancias del abad Sempronio. No es seguro, ni mucho menos, que el Smaragdo copiado por Juan en el año 945, haya sido elaborado en el *scriptorium* de dicho cenobio. Quizá habría que pensar en otro centro castellano, del tipo de Cardeña o Valeránica. El colofón tiene resonancias y refleja sincronismos habituales en la documentación de Cardeña o en colofones de Florencio.

A veces, de forma fortuita y cuando se está buceando en otros campos, un pequeño fogonazo permite iluminar la penumbra que envuelve los objetos del entorno. Me ocurrió con Baltarius (una tarde burgalesa), al toparme con su nombre en otros textos diferentes del mencionado código de los *Moralia in Iob*, del A.S.I.L. Pues bien, creo haberlo localizado, desempeñando el papel de *scriptor* de documentos, en varios textos (de alrededor del año 951) en los fondos del monasterio de Sahagún y de la Catedral de León³⁷; si bien, dado

37. Sabemos que un *Baltarius* fue el *scriptor* de cuatro documentos, datados entre los años 951 y 956, con la peculiaridad de que en ellos le vamos viendo crecer dentro del *status* o *cursus* clerical: «Baltarius diaconus notuit»; J. M^a. MÍNGUEZ FERNÁNDEZ, *Colección diplomática*

que se trata de textos procedentes de los dos célebres cartularios de dichas instituciones (el *B.G.S.* y el *T.L.*), no hay opción para comparar las grafías de Baltarius (en el código del *A.S.I.L.*), con las de estos documentos.

Baltarius puede ejemplificar una forma de aproximación a un copista de códices, desde el campo de los *scriptores* de documentos. Con lo que viene a recordar casos paradigmáticos como el de Florencio y, en definitiva, anima a buscar conexiones e interacciones entre copistas y *scriptores*, sin olvidar a los *exaratores*. Esa colaboración entre los distintos calígrafos se ve asimismo reforzada por otro hecho, el de las noticias insertas sobre códices y bibliotecas monásticas en diversos documentos de los siglos X-XI; sobre las que cabe pensar que los rogatarios de esos textos, aunque eran unos «fedatarios» *sui generis*, debieron de tener algún tipo de contacto y conocimiento de la realidad física de tales códices y de su mayor o menor entidad y prestancia.

Pero, en todo caso, eran libros, muchos libros pasando de unas manos a otras. Lamentablemente, no puedo entrar en más consideraciones sobre esta cuestión y sí reiterar, tras algunos análisis particulares realizados sobre fondos monásticos como los de Sahagún, Cardeña, Valpuesta u Oña, que es realmente importante la cifra de códices que debieron poner en circulación los *scriptoria* monásticos altomedievales. Y si importantes fueron sus copistas, no debemos olvidar a los miniaturistas. Todavía no tenemos nada claro si ambos tipos de actividades (las de los copistas y las de los miniaturistas) pudieron coexistir o no en una misma persona; o si fue reactivamente frecuente, en el caso de los copistas, que varios de ellos hubieran podido trabajar de forma simultánea, mediante un sistema similar y, de alguna forma, precedente del de la «pecia», pues, al menos, tenemos atestiguadas alternancias en la confección de un manuscrito, como ya mencionamos en el caso de Vigila y Sarracino. Igualmente parecen haberse constatado actuaciones de varios miniaturistas sobre un mismo código.

Los códices de los siglos XI-XII

A comienzos del siglo XI, rebasados los días difíciles de Almanzor (en los que, por ejemplo, fue arrasado San Pedro de Valeránica, cenobio en el que había

del Monasterio de Sahagún (siglos IX-X), Col. «F.E.H.L.», núm. 17, León, 1976, p. 169, núm. 131, del año 951, *Becerro Gótico de Sahagún (B.G.S.)*, f. 226 (= MÍNGUEZ FERNÁNDEZ, *Colección Sahagún*). «Baltarivs presbiter notuit (*signum*)»: E. SÁEZ, *Colección documental del Archivo de la Catedral de León (775-1230)*, I (775-952), Col. «F.E.H.L.», núm. 41, León, 1987, pp. 334-335, núm. 241, del año 952, *Tumbo de León (T.L.)*, f. 344-v. «Baltarius presbiter notuit»: MÍNGUEZ FERNÁNDEZ, *Colección Sahagún*, pp. 175-176, núm. 137, del año 952, *B.G.S.*, f. 193v). Y, finalmente, «Baltarivs frater notvit (*signum*)»: E. SÁEZ Y C. SÁEZ, *Colección documental del Archivo de la Catedral de León (775-1230)*, II (953-985), Col. «F.E.H.L.», núm. 42, León, 1990, pp. 63-64, núm. 296, del año 956, *T.L.*, ff. 263v-264.

brillado con luz propia Florencio), la actividad escriptoria en los centros monásticos continuaba su curso y parecía consolidarse en algunos centros, como el orensano de San Pedro de Rocas, al que habíamos visto nacer como eremitorio al comienzo de estas páginas. Así, en el año 1007, vemos que en él estaba funcionando una escuela, como se desprende de una confirmación de Alfonso V a dicho cenobio, pues, con motivo de un incendio, había perdido los documentos originales. Se alude a que los responsables del incendio habrían sido los niños de la escuela monástica, que allí estaban aprendiendo a leer y que, por su «negligencia», ¡pobrecillos!, habrían causado la tragedia³⁸.

A lo largo del mencionado siglo XI la escritura visigótica se seguirá desarrollando con pujanza en los distintos centros monásticos, al tiempo que muchos de los propios cenobios que venían desde el siglo X se iban consolidando y robusteciendo, especialmente a medida que la frontera con los musulmanes se desplazaba hacia el Sur. Uno de ellos, San Benito de Sahagún, alcanzará su máximo esplendor, especialmente durante el reinado y la decidida protección del rey Alfonso VI. Por su parte, desde el año 1011 estaba en marcha San Salvador de Oña, de brillante y destacado porvenir. A su vez, desde mediados de ese mismo siglo, con la acogida en el monasterio de San Sebastián de Silos del monje Domingo, este cenobio se verá revitalizado en gran medida, lo que será perceptible asimismo por la actividad de su *scriptorium*. Los respectivos catálogos de las bibliotecas monásticas de Oña y Silos en el siglo XIII y, más en concreto, el importante número de códices visigóticos silenses del siglo XI que todavía se conservan en la B.N.F., en la B.L., o en la del propio monasterio de Santo Domingo, son una muestra del potencial de estos centros.

San Pedro de Cardeña todavía seguirá muy presente y con un importante papel en la producción de manuscritos, aunque sus códices del siglo XI no tengan la fama de los de la primera mitad del siglo X e igualmente se hallen dispersos por medio mundo, como consecuencia asimismo de la exclaustración y subsiguiente desamortización de 1835. Uno de esos «hijos de la diáspora», el *Becerro Gótico de Cardeña* (B.G.C.), muy posiblemente del año 1086, es considerado como el primer cartulario hispánico. Peor suerte corrie-

38. Se hace referencia a que distintos reyes habían venido confirmando los privilegios de la casa... «Et post istos princeps et supradicta scripta firmitatis Domino permitiente et peccato propediente et, per negligentiam puerorum qui ibi in schola adhuc degentes litteras legebant, domus ipsa ab igne de nocte est succensa; et sic ipsam domum cum alio plurimo et optimo ganato et ipsas firmitates et scripturas superruente casu ibi sunt concrematas»: J. MA. FERNÁNDEZ DEL POZO, «Alfonso V, rey de León. Estudio histórico-documental», *León y su Historia (Miscelánea Histórica)* V. Col. «F.E.H.L.», núm. 32, León, 1984, pp. 9-262, en las pp. 173-177. Documento núm. 6, del 23-IV-1007.

ron los más de mil documentos del archivo monástico, que Berganza todavía pudo ver en el siglo XVIII³⁹ y que desaparecieron sin dejar rastro.

Otro código diplomático, testigo de la nueva forma de gestión del patrimonio de las instituciones eclesiásticas, ya citado con anterioridad (el *B.G.S.*, del año 1110), es considerado como el último código visigótico fechado. Pero, antes de llegar a esos momentos finales de nuestra escritura «nacional», todavía nos resta un breve recorrido tratando de descubrir las huella del *modus operandi* de varios *scriptoria* concretos, que sugieren diferencias en las capacidades económicas y técnicas para continuar confeccionando códigos, pues no siempre estaremos ante objetos de una gran calidad.

Parece evidente que la actividad en los *scriptoria* monásticos estaba íntimamente asociada con las vicisitudes, calidades y potencialidades de las respectivas comunidades de las que dependían. Un ejemplo bien conocido a partir de los trabajos de Vivancos, el del *scriptorium* de Silos⁴⁰, nos puede servir para comprender mejor las diferencias entre los distintos manuscritos que formaron parte de su importante biblioteca. El análisis de esos códigos le ha permitido al autor establecer hasta cuatro momentos en la producción del *scriptorium* silense; el último de ellos se iniciaría, aunque no de forma automática, con el abadiato del monje Domingo (el gran restaurador de la vida del cenobio en todos los órdenes) y todavía continuará con fuerza después de su muerte, en el año 1073.

Pues bien, esa cuarta etapa del *scriptorium* de Silos había estado precedida, entre otras, por aquella de la que son testigos los códigos «de la primera mitad del siglo XI y que son fiel reflejo de los efectos de la crisis del cambio de centuria y de la lamentable situación en que se encuentra San Sebastián de Silos a la llegada de Santo Domingo. Son códigos pobres por el soporte, descuidados en su escritura y, en general, con una transmisión textual muy defectuosa. Entre ellos, destaquemos dos que van fechados: el *Liber Ordinum* sacerdotal (A.M.S., cód. 3), del año 1039, y el *De virginitate* de Ildefonso (A.M.S., cód. 5), escrito quizás en 1056»⁴¹.

39. J. A. FERNÁNDEZ FLÓREZ, «Los otros hijos de la diáspora: Beatos y códigos de Castilla y León en el exilio», *La diáspora del románico hispano. De la protección al expolio*, Fundación Santa María la Real-C.E.R., Aguilar de Campoo (Palencia), 2013, pp. 59-94, en la p. 87.

40. M. C. VIVANCOS GÓMEZ, «El Monasterio de Silos y su Scriptorium»: *El scriptorium Silense y los orígenes de la lengua castellana*, Valladolid, 1995, pp. XI-XL (= VIVANCOS GÓMEZ, *El Monasterio de Silos*). Puede verse, asimismo, un detenido y preciso estudio del propio Vivancos, sobre muchos de los códigos silenses, en la monografía que recoge buena parte de su Tesis doctoral: M. C. VIVANCOS GÓMEZ, *Glosas y notas marginales de los manuscritos visigóticos del Monasterio de Santo Domingo de Silos*, Abadía de Silos, 1996.

41. VIVANCOS GÓMEZ, *El Monasterio de Silos*, p. XXIX.

Las varias fases por las que pasó el *scriptorium* de Silos nos invitan a reflexionar sobre si las diferencias que se aprecian en la producción de cualquier otro cenobio pueden obedecer a la distinta cualificación técnica de los integrantes del *scriptorium*, unida a las fluctuaciones de la economía monástica, o si, ampliando las hipótesis y hablando en términos genéricos, se trataría de códices producidos en otro lugar, pero que habrían sido incorporados a una nueva biblioteca por ser de su interés. Asimismo, partiendo de la hipótesis de que es difícil suponer que todos los cenobios medievales pudieran tener un *scriptorium* de alta calidad, no obstante, tras haber sopesado las distintas posibilidades e igualmente la mayor o menor prestancia del resultado final, la necesidad de poseer ciertos códices quizá les invitaba a confeccionarlos en la propia casa, pues sin duda que les resultarían más baratos que si los adquirían en el exterior.

Como hemos visto, en la formación y auge de ciertas bibliotecas podía hallarse no solo la producción de su *scriptorium* y las posibles adquisiciones, sino también el ingreso de códices asociados con las incorporaciones de iglesias «propias» y diversos tipos de monasterios, especialmente a partir de los años medios del siglo XI y en la línea de la reforma gregoriana; que, por esta vía, pasaron a depender de cenobios más importantes o de los obispos y sus respectivas sedes y cabildos catedralicios. Un ejemplo bien representativo lo constituye el monasterio de San Millán de la Cogolla, al que, fundamentalmente en la segunda mitad del siglo XI y llegando hasta el año 1200, se incorporaron nada menos que 55 monasterios y 29 iglesias del actual territorio de la provincia de Burgos⁴²; con el interés añadido de que, en ocasiones y formando parte del ajuar litúrgico y de otros bienes, se hace referencia a la entrega de sus libros.

Pero las transferencias de manuscritos no finalizaban ahí, pues contamos con datos que acreditan viajes de otro tenor; de lo que tenemos un ejemplo en el importante monasterio altomedieval de los santos Cosme y Damián de Abellar⁴³. Abellar, que tradicionalmente estuvo vinculado con el obispo de la sede leonesa y que fue dotado con una espléndida biblioteca por el obispo Cixila, puede hacer más comprensible el hecho de que, andando el tiempo, sus fondos pasasen a formar parte de la propia sede leonesa y de la biblioteca catedralicia de León, en la que se conservan en la actualidad varios de los códices que habían pertenecido a dicho cenobio.

42. «No creemos exagerar lo más mínimo si establecemos la cifra de los monasterios agregados y subordinados a San Millán antes de 1200 en más de un centenar y la de las iglesias en unas sesenta» (MARTÍNEZ DÍEZ, *Monasterios*, p. 18).

43. M^a J. CARBAJO SERRANO, *El monasterio de los santos Cosme y Damián de Abellar. Monacato y sociedad en la época astur-leonesa*, León, 1988.

Ya en otro orden de cosas, lo que, desde luego, continuó siendo una gran aspiración de diversas comunidades eclesiásticas de los siglos XI-XII, llegando incluso hasta la primera mitad del siglo XIII, fue el poder disponer en sus bibliotecas de un manuscrito con los *Comentarios al Apocalipsis* de Beato de Liébana.

Diversos *Beatos* del siglo XI podrían ser recordados en este momento y, aunque no todos son susceptibles de ser adscritos a *scriptoria* concretos, permiten y facilitan la aproximación a las capacidades y calidades de algunos de ellos; y de paso, tres de ellos permiten ratificar la hipótesis de que en la elaboración de un códice, que debía llevar miniaturas, primero se copiaba el texto y después se aplicaban las iluminaciones.

Varios autores han venido subrayando la importancia de un estilo de iluminación leonés, configurado desde los propios inicios del siglo X y que habría tenido en la *Biblia de Albares* (del año 920) un primer y muy cualificado representante. Con posterioridad, este estilo se habría difundido rápidamente por Castilla y La Rioja, sin dejar de seguir produciendo en tierras leonesas algunos de los más eximios *Beatos*, como los de Escalada, Tábara, Valcavado, Gerona o Seo de Urgel.

A su vez, desde mediados del siglo XI, se comienza a producir un gran cambio, esbozado en el *Beato de Fernando I y Sancha* o *Beato de Facundo*, del año 1047⁴⁴, que ya parece estar consolidado en el *Diurnal* de 1055, de esos mismos reyes⁴⁵. Incluso, se podría añadir que «el golpe definitivo al viejo estilo leonés será el cambio de liturgia y la sustitución de la letra, ya a fines de siglo. Los códices de esta época, aunque copiados todavía en letra visigótica (como el *Beato de Burgo de Osma*, del año 1086), muestran una ilustración totalmente renovada según el nuevo estilo románico»⁴⁶. Todavía no se ha logrado fijar con certeza el lugar en el que fue confeccionado el *Beato de Facundo*, pero para el *Beato de Burgo de Osma* se viene proponiendo el *scriptorium* de Sahagún.

En el importante cenobio del Cea y durante estos años finales del siglo XI y primeras décadas del XII tuvieron entre manos la elaboración de otros dos *Beatos*. Uno de ellos, del que solo conservamos dos bifolios y un folio⁴⁷, no pasó de ser un proyecto, por lo menos quedó inacabado parcialmente, pues en uno de los bifolios conservados se reservó un espacio para recibir una ilu-

44. B.N.M., cód. Vitr. 14-2.

45. Santiago de Compostela, Biblioteca Universitaria, cód. 5.

46. M. SÁNCHEZ MARIANA, «La escritura medieval», *La comunicación en los monasterios medievales. XV Centenario de San Benito*, Madrid, 1980, pp. 59-74, en la p. 67.

47. Se localizan, respectivamente, en el Archivo de la Real Chancillería de Valladolid y en la Biblioteca de la Abadía de Montserrat.

minación y ésta no fue ejecutada. El otro, el *Beato Corsini*, que asimismo parece ser un producto facundino, presenta la peculiaridad de haber sido escrito en carolina, en las primeras décadas del siglo XII; si bien, en trece de sus folios (ff. 144-156v), una mano dejó la impronta de sus grafías visigóticas, del mismo tipo de las que venían siendo habituales por esas fechas en el propio cenobio de Sahagún. La producción de tres *Beatos* en este centro, en un corto período de tiempo⁴⁸, parece sugerir un notable potencial y capacidad para producir este tipo de códices, aceptando, quizá, la demanda de manuscritos por parte de otros centros o instituciones.

Por esos mismos años (finales del siglo XI y comienzos del XII) el monasterio de Silos protagonizó la elaboración de otro importante *Beato*, con la peculiaridad de que se terminó de transcribir su texto en el año 1091, en tanto que la tarea de iluminarlo finalizó en el año 1109. Esta forma de proceder (primero, el texto; después, la iluminación), la tenemos atestiguada asimismo en el *Beato de la R.A.H.* (Emil. 33), en el que se detectan dos sectores: en el inicial (denominado «mozárabe») intervino una mano de comienzos del siglo XI; en tanto que, en la segunda mitad de dicho siglo (sector «románico»), actuaron varias manos toscas, que dejaron en blanco espacios para iluminaciones, que nunca fueron ocupados, faltando también títulos⁴⁹.

No es posible seguir dedicando más tiempo a esta colección singular de códices hispanos, los *Beatos*, pero sí, al menos, parece conveniente recordar que este tipo de manuscritos siguieron ocupando la actividad de *scriptoria* muy importantes (por los logros y alto grado de perfección reflejado en las respectivas piezas), durante los siglos XII-XIII, aunque todavía sigamos teniendo muy serias dudas sobre los centros en los que fueron realizados. Por mencionar algunos de los más notables y sin recurrir a los fragmentos, se podría aludir a los *Beatos* de: *Mánchester*, *San Pedro de Cardeña*, *San Andrés de Arroyo* y *Santa María de las Huelgas*. Como se podrá comprobar a tenor de las propuestas de Williams⁵⁰, incluso sin poder contar con datos seguros sobre la adscripción de cada uno de ellos a un *scriptorium* concreto, la tendencia es a vincularlos con la región burgalesa y, en mayor o menor medida, con el monasterio de Cardeña.

Todavía sabemos muy poco sobre los lugares de producción de libros, sobre los *scriptoria* del siglo XI y comienzos del XII, pues, sin duda, debieron afectarles los cambios y de muy distinto signo en todos los ámbitos de la vida de

48. *Beato de Burgo de Osma* (año 1086). Fragmentos de Valladolid y Montserrat (finales siglo XI). *Beato Corsini* (c. 1120).

49. VV. AA., *Los Beatos*, Catálogo de la Exposición en la B.N.M., Madrid, 1986, p. 110.

50. J. WILLIAMS, *The illustrated Beatus*, vol. V, Harvey Miller Publishers An Imprint of Brepols Publishers, London / Turnhout, 2003.

las comunidades eclesiásticas hispanas. Al margen de los que habitualmente suelen ser mencionados (por ejemplo, los que se suelen poner en relación con la sustitución de la escritura visigótica por la carolina), parece oportuno subrayar aquí la tendencia a una diferenciación cada vez mayor entre la actividad de los centros monásticos y los catedralicios; ya que, además, en estos últimos estaba germinando a su vez la separación en la administración y en la gestión de las dos mesas (la episcopal y la capitular), que incluyó el paso de un régimen de vida en común y regido por una «regla», a una secularización, a un vivir en el «siglo» (clero secular).

Los cánones del Concilio de Coyanza permiten comprobar que la vida en común del clero catedralicio venía siendo habitual en 1055; de ahí la práctica indiferenciación entre clérigos y monjes, que nos suelen reflejar los textos. Incluso más tarde, avanzada ya la segunda mitad del siglo XI y en el marco de la reforma «gregoriana», se siguió favoreciendo la vida comunitaria de los miembros capitulares, bajo fórmulas como la de los «canónigos regulares». De tal manera que, muy pronto, «las respuestas a los nuevos retos pastorales, el deseo de independizarse de los obispos, el acrecentamiento de sus patrimonios y poder temporal abrieron una etapa de secularización en muchos cabildos catedralicios»⁵¹. Ésta, sin embargo, no comenzará a verse plasmada de forma definitiva hasta las primeras décadas del siglo XII, en 1100 y 1120, momentos en los que, respectivamente, se produce la separación de mesas en Palencia y en León.

Ahora bien, en este contexto de esa indiferenciación entre vida monástica (abad y monjes) y vida en las canónicas «regulares» o «seculares» (obispo y sus «clérigos» y, después, deán y cabildo), se nos plantean varios interrogantes; por ejemplo, si, al menos hasta los años medios del siglo XI, cabe distinguir entre los *scriptoria* monásticos tradicionales y la producción de textos escritos en las sedes episcopales, por parte de los «colaboradores» del obispo. De tal forma que podrían proponerse nuevos interrogantes o vías de reflexión: ¿quiénes de entre esos *coadiutores aepiscopi* y dónde ponían por escrito documentos, códices e inscripciones? Por otro lado estaban los reyes y su entorno, con su todavía muy limitada capacidad y posibilidades de elaborar documentos, ¿y qué decir de los códices que, sin duda, anhelaban poseer?

Porque obispos y reyes del siglo XI van asociados, en ocasiones, con determinados manuscritos. Ahora bien, en la línea de lo que se acaba de sugerir, también sería pertinente preguntarse si determinados códices fueron encar-

51. S. GUIJARRO GONZÁLEZ, *Maestros, Escuelas y Libros. El universo cultural de las catedrales en la Castilla Medieval*, Universidad Carlos III de Madrid, Madrid, 2004, p. 100 (= GUIJARRO GONZÁLEZ, *Maestros*).

gados a monasterios concretos o existían talleres adecuados y capaces en sus respectivos «palacios» para producir piezas notables. Tomemos como ejemplo dos códices ya mencionados: el *Psalterium et Liber Canticorum* (el *Diurnal* de Fernando I) y el *Beato de Facundo*, confeccionado para los propios reyes Fernando I y Sancha, manuscrito realmente muy lujoso. Estas dos piezas concretas ¿fueron realizadas en un hipotético *scriptorium* real en San Isidoro de León o, quizá, se encargaron a un centro monástico con el potencial y capacidad del de Sahagún?

La sede leonesa seguía funcionando a modo de comunidad monástica a la altura del año 1071. Pero desconocemos si tenía por entonces un *scriptorium* con plena autonomía y capacidad como para proporcionar a la institución los manuscritos que necesitaba. Quizá nos esté invitando a pensar en esa posibilidad el hecho de que el obispo Pelayo hizo donación de un *Liber Commicus*⁵², y que, dos años más tarde, el propio pontífice se hubiera preocupado por dotar a la sede de otros muchos códices y de restaurar aquellos que se encontraban en un muy deficiente estado de conservación⁵³.

Cabildos catedralicios y comunidades monásticas continuaban con formas de vida muy similares, pues aquéllos acogían en su seno a clérigos que se guiaban por formas próximas a las de las sedes episcopales visigóticas o según las órdenes de canónigos regulares fomentadas por la reforma gregoriana⁵⁴. Cuando en la segunda mitad del siglo XI y, especialmente, en las primeras décadas del XII, los obispos, por un lado, y los cabildos catedralicios, por otro, se pongan al frente del patrimonio de las respectivas «mesas», pasarán a gestionar los bienes adscritos a monasterios e iglesias diseminados por todo el territorio diocesano, en el que, a su vez, están enclavados unos pocos, aunque importantes, monasterios «autónomos» supérstites, que aspirarán a escapar del control de las sedes episcopales y a depender únicamente de Roma.

Nos resta, todavía, esbozar un rápido panorama de los manuscritos del siglo XII, códices elaborados ya dentro del ámbito cultural y gráfico de la nueva escritura, la carolina, que pronto evolucionará hacia las formas góticas.

52. J. M. RUIZ ASENCIO, *Colección documental del Archivo de la Catedral de León (775-1230)*, IV (1032-1109), Col. «F.E.H.L.», núm. 44, León, 1990, p. 421, núm. 1178, documento del 17-XII-1071. A.C.L., Original, cód. 2, f. A.

53. Íd., *ibid.*, pp. 439-447, núm. 1190, documento del 10-XI-1073, *Tumbo de León*, ff. 9v-12.

54. En ellos, en los cabildos, dirá Guijarro González, «emerge la figura del obispo-abad que encarna el intelectual de los siglos altomedievales. Posiblemente, las figuras de los obispos leoneses y astorganos (Cixila, Frunimio, Oveco, Genadio, etc.) y sus colecciones de libros que contribuyeron a formar las bibliotecas de sus catedrales, sean sólo las huellas más representativas de los fondos librísticos que estas catedrales debieron recibir de los numerosos monasterios que surgieron en el noroeste peninsular entre los siglos VIII y XI» (GUIJARRO GONZÁLEZ, *Maestros*, p. 316).

Sin embargo, son muy escasas y bien conocidas las piezas que conservamos de dicho siglo, por lo que solamente me limitaré a destacar algunas implicaciones de los hechos subrayados en los párrafos precedentes, por su especial incidencia en la elaboración de los nuevos códices.

La cultura escrita, que, fundamentalmente hasta el siglo XI, se había venido desarrollando en los *scriptoria* monásticos, desde comienzos del siglo XII avanzó hacia la secularización, con la potenciación de las sedes episcopales y el desdoblamiento en dos mesas (episcopal y capitular), como hemos visto. Van a surgir nuevos entes emisores de textos (Sedes episcopales, Cabildos catedralicios, Canónicas regulares, etc.), que demandarán la confección de textos adecuados a las peculiaridades y exigencias de los nuevos tiempos, a tenor de los usos y necesidades de las respectivas comunidades. Textos bíblicos, patrísticos o litúrgicos, para el mantenimiento y fomento de la dimensión espiritual de cada institución; y textos de carácter documental, reunidos en cartularios, para una mejor administración, gestión y memoria de un pasado, cada vez más lejano, pero que quizá, de vez en cuando, fuera preciso tener que reivindicar.

Si se me permite la licencia de dejar de lado por unos momentos la referencia a los *scriptoria* estrictamente monásticos, estas canónicas, cabildos catedralicios y sedes episcopales serán también protagonistas, especialmente desde los años medios del siglo XII, de la elaboración de distintos tipos de códices. Se podría mencionar un hecho paradigmático de los vaivenes y vicisitudes del momento, si traemos de nuevo a nuestra consideración el recuerdo de la vida en común del obispo y canónigos de la sede leonesa, hasta que se produce la citada separación de las mesas en el año 1120, el siguiente: un grupo de canónigos (al frente de los cuales se hallaba el deán, Pedro Arias), que rechazaban vivir «en el siglo» y anhelaban un régimen de vida más perfecto, se retiraron a un monasterio fundado en Carbajal de la Legua, el año 1144, por el obispo Juan Albertino y el propio cabildo catedralicio; pero muy poco después, en 1148, la infanta doña Sancha consiguió trasladar los canónigos de Pedro Arias a León, para que, bajo la regla de San Agustín, se hiciesen cargo del monasterio de San Isidoro, comenzando así una nueva trayectoria como canónigos regulares de San Isidoro.

Serán ellos los que, pocos años más tarde, en 1162, culminarán la elaboración de la gran *Biblia románica* de San Isidoro de León, para la que se trajo el pergamino de Francia, y que, como su modelo textual (la *Biblia del 960*), todavía se conserva en la biblioteca isidoriana⁵⁵. Es digno de ser reseñado, por otra parte, el hecho de que, ya avanzada la segunda mitad del siglo XII,

55. León, A.S.I.L., *Biblia sacra* de 1162, Vitrina A, núm. 3 (tres vols.).

en 1185, vieran la luz los dos volúmenes que contienen las obras de santo Martino de León (c. 1120-1203)⁵⁶, el ilustre miembro de la canónica isidoriana (en la que compartió vida comunitaria con Lucas de Tuy), y que ha venido siendo considerado como el autor y comentarista bíblico más importante desde los días de Beato de Liébana. Estos y otros códices de la segunda mitad del siglo XII vendrían a ratificar la existencia de un *scriptorium* importante en San Isidoro de León por esos momentos, del que Martino de León habría sido su primer rector⁵⁷.

Otra de las vertientes de los textos recogidos en formato «libro», la de los cartularios, tuvo asimismo representantes ilustres en el propio siglo XII, tanto en los nuevos ámbitos institucionales que comenzaban a tener vida autónoma (cabildos catedralicios y canónicas regulares), como en las comunidades monásticas que continuaban en plena vigencia, desde el ya carolino *Tumbo de León* (A.C.L., del año 1124), pasando por la primera parte del *Tumbo A* (Archivo de la Catedral de Santiago de Compostela), hasta los carolino-góticos de los alrededores del año 1200: *Libro de las Estampas* (A.C.L.) o *Becerro Galicano* (San Millán de la Cogolla).

Documentos e inscripciones de los siglos X-XII

Dentro de la actividad en los *scriptoria* monásticos altomedievales y al margen de la contemplada hasta ahora (la más llamativa y espectacular reflejada en los códices), no se debe descartar, por su transcendental papel en otros ámbitos y facetas de la vida de cada comunidad, la relacionada con los negocios jurídicos o diversos acontecimientos y hechos noticiables de la institución o personas más o menos notables de la misma. Los documentos, los asuntos en ellos recogidos y la forma en la que éstos se consignaban obedecían a unos criterios, a unos formularios, que cada cenobio procuraba ahormar y acomodar a sus gustos, con pocos cambios. Las inscripciones solían seguir asimismo modelos y patrones muy concretos, pero, de todas formas, alguien debía precisar en cada caso (cabe suponer que dentro del propio *scriptorium*) qué texto y de qué forma debía redactarse para ser plasmado en una inscripción.

Más que la referencia a un amplio elenco de documentos e inscripciones, se ofrecen a continuación algunas reflexiones de carácter general, acompañadas por constataciones más concretas, intentando ofrecer modestas pautas

56. León, A.S.I.L., *Opera Sancti Martini*, Vitrina B, núm. 5 (dos vols.).

57. A. VIÑAYO GONZÁLEZ, «El scriptorium medieval de San Isidoro de León y sus conexiones europeas», *Coloquio sobre circulación de códices y escritos entre Europa y la Península en los siglos VIII-XIII* (16-19 septiembre 1982), Universidad de Santiago de Compostela, 1988, pp. 209-238.

Fig. 5. En San Pedro de Montes todavía se conserva su célebre inscripción del siglo x.

de reflexión sobre el «escribir en el monasterio», dentro de esta faceta de los documentos y de los epígrafes.

Documentos

En principio, puede resultar bastante lógico plantearse que los pergaminos existentes en un importante archivo monástico son, en buena medida, el resultado de la actividad de su *scriptorium*; ahora bien, si se me permite manifestarlo así (pues se trata de una experiencia personal, compartida con Herrero de la Fuente), la realidad puede ser bastante diferente. Por ejemplo, si nos centramos en el fondo documental del monasterio de Sahagún, del A.H.N. de Madrid, la idea inicial de que dicho fondo debería estar constituido de forma exclusiva por los textos en los que intervino de forma directa el cenobio del Cea, como autor, como destinatario o, incluso, en los que alguno de sus monjes actuó como rogatorio, debe ser decididamente rechazada.

No se puede olvidar que un gran centro monástico, como el mencionado, contaba con un importante número de prioratos, iglesias y pequeños monasterios que dependían de él y en los que podían residir monjes o clérigos cualificados y capacitados para poner por escrito los asuntos y negocios jurídicos que ocurrían ante ellos y en los que, incluso, participaban como actores y, con mucha frecuencia, eran los encargados de ponerlos por escrito. De esta forma, se iban creando pequeños archivos en centros menores, a veces bastante alejados del cenobio principal, cuyos documentos pueden presentar peculiaridades

gráficas y diplomáticas distintas de las reflejadas en los textos emanados de la casa central, como tuvimos oportunidad de dar a conocer hace algunos años, al referirnos al caso de los textos del monasterio de Piasca⁵⁸.

Es especialmente significativa la importancia de este lote de Piasca, cuyos 19 documentos de los siglos IX-X pueden ser considerados como originales, aunque con algunas dudas en el caso de uno de ellos. Dado que este centro no se incorporó de forma definitiva al monasterio de Sahagún hasta los alrededores del año 1122, sus pergaminos no fueron transcritos en el *B.G.S.* y, lo que es más importante y aquí nos interesa de una manera especial, «son representativos de los usos documentales y escriturarios vigentes en la comarca de Liébana, con epicentro en Piasca, entre los años 857 y 989»⁵⁹.

Este archivo propio del monasterio de Piasca, dentro del fondo general de Sahagún, no es el único, aunque sí, quizá, el más significativo. Lo mismo cabe colegir que sucedió con cualquier gran fondo monástico; por lo que sería muy pertinente poder reunir los distintos documentos del mismo, susceptibles de ser agrupados en función del archivo del pequeño cenobio al que pertenecieron inicialmente, antes de su incorporación definitiva al centro monástico más importante. Ello permitiría, además, comprender mejor por qué razón parece que están trabajando al mismo tiempo muchos *scriptores* en un mismo centro: muy posiblemente porque se trata de personas destacadas en pequeños prioratos o decanías dependientes del cenobio principal, que consignan en sus respectivos lugares los asuntos del devenir cotidiano.

Ya se ha mencionado la temprana cronología de algunos documentos de Piasca, pues cinco de ellos figuran como los primeros del fondo de Sahagún en el A.H.N.⁶⁰. El siguiente, del 22 de octubre del 904, puede ser considerado ya como el primer original del fondo documental propiamente dicho del importante monasterio del Cea. En él se recoge la concesión por el rey Alfonso III al cenobio facundino de la potestad «*ad imperandum*» sobre la villa de Zacarías (Calzada del Coto). Las peculiaridades gráficas de su visigótica cursiva y sus suscripciones confirmativas lo convierten en una buena referencia de partida para comenzar a valorar los aspectos paleográfico-diplomáticos del conjunto documental de dicho cenobio, sobre el que volveré un poco más adelante.

Pero antes y sin olvidarnos todavía del monasterio de Piasca, puede ser interesante subrayar la existencia de tres textos en un solo pergamino.

58. J. A. FERNÁNDEZ FLÓREZ, «El fondo documental del monasterio de Sahagún y sus *scriptores* (siglos IX-X)»; *El monacato en los Reinos de León y Castilla. Siglos VII-XIII* (X Congreso de Estudios Medievales, 2005), Fundación Sánchez-Albornoz, León, 2007, pp. 125-146.

59. *Íd.*, *ibid.*, p. 141.

60. Madrid, A.H.N., Clero, Carp. 872, docs. 1-5 (comprendidos entre el 9-IX-857 y el 7-V-904).

Pertenecen a los años medios del s. X y, casi seguro, fueron redactados *in situ*, en el propio cenobio lebaniego, por tres manos diferentes y con un escaso margen temporal entre ellos⁶¹.

Esta forma de proceder atestigua, en primer lugar, que se estaban observando usos idénticos a los de otras zonas, en cuanto a redactar los diferentes textos sobre la misma pieza de piel, sin llegar a cortarlos y separarlos si no era necesario. Así lo habían constatado ya Ruiz Asencio, en el fondo de la catedral de León, y Herrero de la Fuente y yo mismo, en el de Sahagún. Tal hecho solía producirse cuando el destinatario de los diversos documentos era la misma persona, física o jurídica, como aquí ocurre: unas ventas de viñas al monasterio de Piasca. Quizá haya que pensar que el pergamino había sido preparado y estaba en blanco una buena parte del mismo en el propio monasterio, y que en él se fueron consignando sucesivamente las tres ventas, dentro de ese corto periodo de tiempo mencionado, inferior a los once meses⁶².

En segundo lugar, al margen de haber actuado tres *scriptores* diferentes, resulta que son muy distintas las grafías que utilizan: las del primero (en la parte superior del pergamino) están más próximas a los usos de la visigótica cursiva; las del texto de la parte inferior se hallan dentro del espíritu y del estilo de la redonda; y las del *scriptor* del texto del centro muestran importantes vacilaciones entre la cursiva y la redonda, por lo que, quizá, podríamos hablar de una visigótica semicursiva.

Desde luego, el hecho de que actúen tres manos diferentes, resulta llamativo y sorprendente y sugiere varios interrogantes: ¿Había en la comunidad muchos miembros que supieran escribir? Sabemos que se trataba de un monasterio dúplice ¿cabría pensar que, además de los hombres, también pudieran escribir las mujeres del cenobio? Como será fácil colegir a partir de lo constatado en este pergamino, resulta que, prácticamente de forma simultánea y en un mismo cenobio, se atestiguan las tres modalidades de la escritura visigótica documental que estarán presentes a lo largo y ancho del Reino de León, con perfiles más o menos nítidos y mayor intensidad y vigencia de unas formas o de otras, en función de los diferentes centros y épocas.

Tras lo expuesto, quizá convendría reflexionar sobre la posibilidad de ampliar el ámbito y capacidad de escribir, sobre diversos tipos de soportes y

61. J. M^a. MÍNGUEZ FERNÁNDEZ, *Colección diplomática del Monasterio de Sahagún (siglos IX-X)*, Col. «F.E.H.L.», núm. 17, León, 1976 (= MÍNGUEZ FERNÁNDEZ, *Colección Sahagún*). Los publica bajo los núms. 134-136, pp. 172-175. Los dos primeros son del 18 de mayo y del 5 de julio del año 951; en tanto que el tercero es del 10 abril del 952 (A.H.N., *Clero*, carp. 874, núm. 1).

62. Todo ello se inserta claramente en el *modus operandi* que aquí nos interesa: «escribir en los monasterios»; pues, como se indica, el fenómeno se ha detectado en monasterios distintos y distantes.

formatos y con variadas grafías, por parte, incluso, de una misma persona. Sin descartar el hecho de que en un mismo cenobio pudieran convivir varios individuos con capacidad para escribir documentos, copiar códices o exarar inscripciones; para lo que habría que suponer una cierta facilidad para intercambiar intervenciones, pero asumiendo, llegado el caso, actuaciones en campos diferentes al de la «especialidad» de cada uno de ellos.

Invitan a pensar en esa posibilidad los ejemplos de copistas de códices, como Florencio o Vigila, que, al margen de la visigótica redonda empleada en sus respectivos códices, también demostraron habilidad y competencia para redactar documentos en visigótica *elongata*; o Munio de Sahagún, que, 150 años más tarde, fue capaz de elaborar documentos utilizando las dos modalidades básicas de la visigótica y, además, la carolina. Esa posibilidad se vería ahora reforzada por un nuevo ejemplo, el del copista y también *scriptor* de documentos, Baltarius, al que he aludido anteriormente.

De todas formas, una vez que se había aprendido a escribir, especialmente la modalidad más fácil (la visigótica redonda), el *scriptor* de documentos podía adentrarse en las actividades propias de los copistas de códices, pues él conocía y había practicado con las grafías que tenía que aplicar, y, además, el texto a reproducir lo tenía delante y no debía «inventar» nada, sino proceder a reproducirlo con exactitud y precisión.

Por otra parte, en su adiestramiento como *scriptor* documental, al margen de algunos rudimentos de latín, que le permitieran comprender y redondear los contenidos del *specialis thenor*, tenía a su disposición los formularios a aplicar en cada caso: bien se tratara de una donación, de un plácito (mayores problemas), de una compraventa o del acta de consagración de una iglesia. No es necesario insistir en la existencia y circulación de formularios, pues, tanto en el caso de la elaboración de documentos como en el de las inscripciones, podrían ser aportados numerosos ejemplos; como se desprende de los textos reunidos en fondos documentales de monasterios importantes del Reino de León, como Celanova o Sahagún, que pudimos colacionar hace algunos años⁶³; o de los epígrafes de consagración o dedicación de iglesias, cuyos paralelismos ya venían estando presentes en inscripciones como las de Mijangos y Santa María de Toledo (de los siglos VI-VII)⁶⁴ y continuaban, asimismo, con otro tipo de formularios paralelos en las de tres célebres cenobios

63. Ejemplos de su presencia en distintos tipos documentales en: J. A. FERNÁNDEZ FLÓREZ y M. HERRERO DE LA FUENTE, «Los documentos de Celanova y Sahagún en la época de san Rosendo (siglo X)», *Rudesindus «San Rosendo. Su tiempo y su legado»*, Santiago de Compostela, 2009, pp. 73-99.

64. J. A. FERNÁNDEZ FLÓREZ, *La elaboración de los documentos en los Reinos Hispánicos Occidentales (ss. VI-XIII)*, Burgos, 2002, 146 pp.

(Escalada, Montes y Castañeda)⁶⁵. No en vano, el recurrir a los formularios era una posibilidad que se venía ofreciendo desde el período visigodo⁶⁶, como asimismo se sigue brindando en la actualidad.

Procede ya adentrarnos, aunque sea de forma muy general, en la escritura visigótica usada en los textos documentales, para ofrecer unas breves reflexiones sobre ella y sobre algunos centros monásticos responsables de la misma, durante los siglos X-XI y primeros años del XII. Más adelante se hará una rápida referencia a la desaparición de la escritura visigótica y a su sustitución por la carolina. A tal efecto, parece oportuno señalar que la mejor forma de rastrear la presencia y evolución de la visigótica documental es poder disponer de series cronológicas relativamente completas, por centros monásticos, con el fin de percibir mejor las evoluciones o los cambios más o menos radicales, en cada uno de ellos, que es lo que, al final, permitirá visiones de conjunto más amplias y, al propio tiempo, más precisas y válidas.

Desde las últimas décadas del siglo XX, la colección «Fuentes y Estudios de Historia Leonesa»⁶⁷, está permitiendo un mejor y más actualizado conocimiento de muchos miles de documentos de la Alta y Plena Edad Media, teniendo en cuenta que, en su inmensa mayoría, proceden de centros eclesiásticos del Reino de León, bien se encuentren todavía en archivos leoneses o castellanos, o bien, en el A.H.N. de Madrid.

No parecen necesarias algunas consideraciones previas, por ejemplo, sobre nomenclaturas (visigótica cursiva, semicursiva y redonda) o sobre el carácter y clasificación de los documentos como públicos o privados, toda vez que, al margen de quien los intitule y de pequeñas diferencias en cuanto a la mayor o menor solemnidad de unos y otros, suelen ser más o menos iguales, en cuanto a grafías y tenor textual; sin olvidar, además, que al menos durante el período de escritura visigótica también los públicos fueron hechos por personas privados (eclesiásticos), pues todavía no existían cancillerías plenamente organizadas.

65. El empleo de formularios en éstas y otras inscripciones en: J. A. FERNÁNDEZ FLÓREZ y M. HERRERO DE LA FUENTE, «La Diplomática y las inscripciones», *Las inscripciones góticas. II Coloquio Internacional de Epigrafía Medieval*, León, 2010, pp. 65-96.

66. J. A. FERNÁNDEZ FLÓREZ, «La génesis documental: Desde las pizarras visigodas y la 'Lex Romana Wisigothorum' al siglo X», *VIII Jornadas científicas sobre «Documentación de la Hispania altomedieval (siglos VI-X)»*, Universidad Complutense, Madrid, 2009, pp. 89-117.

67. La magna empresa dirigida por el desgraciadamente ya desaparecido Fernández Catón, en la que han salido a la luz un total de 133 gruesos volúmenes hasta el año 2012. Fue el responsable, asimismo, de otras importantes publicaciones, por ejemplo, de tres colecciones de facsímiles de documentos del Reino de León o de la inmensa mayoría de los cien números de la revista *Archivos Leoneses*. Permitaseme mi recuerdo y agradecimiento más sincero por todo lo que hizo por la documentación del Reino de León.

Los recientes editores del importante fondo documental del monasterio leonés de San Pedro de Eslonza, Ruiz Asencio y Ruiz Albi, al destacar la entidad y valor de dicho fondo, han subrayado lo siguiente: «La modalidad gráfica que llamamos visigótica se encuentra muy bien representada en el fondo de Eslonza, pues asciende a más de ochenta el número de documentos, en su mayoría originales, que ostenta este tipo de escritura. Son muy pocas las instituciones eclesiásticas leonesas (Catedral de León, Sahagún y Otero) que superan el número citado, con la ventaja adicional para Eslonza de que entre los más antiguos ejemplares conservados se cuentan algunos regios de gran valor, como las donaciones del rey García, que son los únicos originales que nos han llegado de este monarca de tan breve reinado»⁶⁸. Así, pues, son estos cuatro centros leoneses (a los que se podría añadir el castellano de San Salvador de Oña) los que nos aportan una buena base de pergaminos susceptibles de ser analizados y de proporcionar muestras y datos muy variados sobre la escritura visigótica documental.

Por lo que respecta a los del A.C.L., deben ser considerados, fundamentalmente y hasta los inicios del siglo XII, como fondos monásticos; pues solo fue por entonces (a partir de 1120), con la separación de las mesas episcopal y capitular, cuando sus respectivos patrimonios y, por consiguiente, los documentos acreditativos de los mismos, iniciaron trayectorias diferentes. De ello es testimonio el *Tumbo de León*, que finalizado en 1124, recoge la documentación de 17 monasterios, precedidos por el lote documental inicial (el de la «Catedral» o Sede leonesa), eso sí, el más amplio de todos ellos. De ahí que los respectivos pergaminos supérstites de los 17 centros monásticos citados, sean testigos de las grafías visigóticas que se habían venido empleando en cada uno de ellos.

Caso distinto es el del fondo documental de Otero de las Dueñas⁶⁹, puesto que sus documentos visigóticos no fueron generados en centros monásticos, sino que fueron confeccionados por los clérigos que, fundamentalmente, trabajaban *in situ* para las familias nobiliarias asentadas en las cuencas de los ríos Esla y Luna; por lo que, en principio, no debe ser considerada como documentación monástica (quedando por tanto fuera de este trabajo), aunque sí hubiera sido elaborada por eclesiásticos.

68. J. M. RUIZ ASCENCIO E I. RUIZ ALBI, *Colección documental del Monasterio de San Pedro de Eslonza, I (912-1300)*, Colección «F.E.H.L.», n° 120, León, 2007, p. 33.

69. J. A. FERNÁNDEZ FLÓREZ Y M. HERRERO DE LA FUENTE, *Colección documental del monasterio de Santa María de Otero de las Dueñas, I (854-1108)*, Colección «F.E.H.L.», núm. 73, León 1999, pp. 507.- ÍD., *Colección documental del monasterio de Santa María de Otero de las Dueñas, II (1109-1300)*, Colección «F.E.H.L.», núm. 74, León 2005, pp. 860.

Hasta estos momentos no ha sido destacado, más que de forma fugaz y periférica (puesto que, como ya indiqué, apenas sabemos nada de sus códices), el que sin duda ha sido uno de los más importantes cenobios hispánicos alto-medievales: el monasterio de San Benito de Sahagún. Es muy diferente, sin embargo, lo que podemos indicar sobre sus documentos: muy numerosos e importantes. Baste mencionar, como una aproximación a ellos, la elevada cifra y la variedad de sus pergaminos, así como los 994 textos transcritos hasta el año 1110 en su célebre cartulario.

En los originales y copias en pergaminos sueltos del fondo del cenobio se nos ofrecen muestras variadísimas de la escritura visigótica (incluyendo formas *elongatae* y criptográficas), debidas a manos que actuaban en lugares y momentos culturales distintos, y, en consecuencia, con opciones para haber recibido una formación y cualificación más específica, quizá condicionada, precisamente, por el lugar y el momento en el que ejercían su actividad como *scriptores*⁷⁰. No se puede olvidar, por otra parte, la pléyade de los que ejercieron su actividad, especialmente, durante el reinado de Alfonso VI, monarca para el que realizaron varios de los documentos por él intitulados⁷¹.

El importante cenobio castellano de San Salvador de Oña no conserva, sin embargo, una cifra notable de pergaminos visigóticos. Un estudio reciente de Vivancos cifra en 55 los documentos redactados con estas grafías, dentro del fondo del cenobio, para un período de 200 años, los que transcurren entre el 944 y el 1144, de los que veintinueve son particulares, tres condales y veintitrés reales. El mismo autor añade que «no existe en Oña ningún original en minúscula visigótica cursiva o semicursiva, siendo mínimos los detalles cursivos en sus documentos»⁷².

Las códices y documentos en visigótica, que en las últimas décadas del siglo XI comienzan a recibir los influjos carolinos, se verán desplazados desde

70. M. HERRERO DE LA FUENTE y J. A. FERNÁNDEZ FLÓREZ, «Escritura y diplomática en León en la época de Alfonso VI», *Alfonso VI y su legado* (Sahagún, 29-31 octubre 2009), León, 2012, pp. 89-114 (= HERRERO DE LA FUENTE y FERNÁNDEZ FLÓREZ, *Escritura y diplomática*). Sobre uno de los *scriptores* más capaces y prolíficos del cenobio puede verse el interesante trabajo de: S. SERNA SERNA, «Munio y el Becerro Gótico de Sahagún: una muestra de su actividad como copista», *El monacato en los Reinos de León y Castilla (ss. VII-XIII)*, X Congreso de Estudios Medievales de la Fundación Sánchez-Albornoz, León, 2007, pp. 425-436.

71. Sobre algunos de estos aspectos paleográficos y diplomáticos pueden verse, respectivamente, las aportaciones de Ruiz Asencio y Fernández Flórez, en la obra atribuida de forma conjunta a numerosos autores: VV. AA., *Documentos de la Monarquía Leonesa. De Alfonso III a Alfonso VI*. Estudio y Edición (incluyendo facsímiles), León, 2006.

72. M. C. VIVANCOS, «Documentación en visigótica del Monasterio de San Salvador de Oña: originales y copias», *Oña. Un milenio. Actas del congreso internacional sobre el monasterio de Oña (1011-2011)*, Fundación Milenario San Salvador de Oña, Burgos, 2012, pp. 52-81.

los inicios del siglo XII por aquellos en los que se optó por las grafías ultrapirenaicas. Al propio tiempo, se puede apreciar que en la desaparición de la escritura visigótica y la implantación de la carolina no hay diferencias apreciables en cuanto a cronología y características de la producción de los *scriptoria* monásticos clásicos y de los que fueron surgiendo o transformándose en el seno de las sedes episcopales y su respectivas canónicas.

En fechas relativamente recientes se han presentado varios trabajos sobre estas cuestiones en las «IV Jornadas de la Sociedad Española de Ciencias y Técnicas Historiográficas», celebradas en Burgos en el año 2006, a los que remito⁷³; en tanto que, con motivo de la publicación de tres importantes colecciones de facsímiles de documentos (desde el siglo X hasta los inicios del XIII), Ruiz Asencio ha analizado las características de su escritura⁷⁴, subrayando de una manera especial el diferente peso y presencia de la visigótica cursiva o de la redonda en los territorios de León y Castilla, especialmente tras la llegada al trono del rey Fernando I, pues se suele asociar con la dinastía navarra la introducción de la visigótica redonda en los diplomas reales.

Por su parte, los *scriptoria* monásticos de las primeras décadas del siglo XII, bien utilizando las grafías visigóticas o bien las carolinas, continuaron confeccionando textos documentales para los más variados destinatarios, implicados o beneficiarios de los mismos, incluyendo los propios reyes; tal es el caso, además del rey Alfonso VI (del que, por cierto, no se conserva ni un solo original redactado en carolina, lo que no deja de ser llamativo), de la reina Urraca. Ruiz Albi, en su importante trabajo sobre esta reina, además de estudiar las figuras de doce notarios, vinculados de forma más directa con la elaboración de sus documentos, resalta con acierto el notable protagonismo de los notarios extracancillerescos, cuya cifra supera a los anteriores, pues ascien-

73. J. M. RUIZ ASENCIO, «Cronología de la desaparición de la escritura visigótica en los documentos de León y Castilla», *IV Jornadas de Ciencias y Técnicas Historiográficas. Paleografía I: La escritura en España hasta 1250 (= IV Jornadas)*, Burgos, 2008, pp. 93-117.- C. DEL CAMINO MARTÍNEZ, «La escritura carolina en la Península Ibérica», *IV Jornadas*, Burgos, 2008, pp. 119-140.- M. CALLEJA PUERTA, «De la visigótica a la carolina en los documentos del archivo de San Vicente de Oviedo: La escritura de Dominicus y Pelagius», *IV Jornadas*, Burgos, 2008, pp. 189-200.- S. SERNA SERNA, «La desaparición de la escritura visigótica y la introducción de la escritura carolina en la catedral de Burgos (1050-1150)», *IV Jornadas*, Burgos, 2008, pp. 201-212.

74. J. M. RUIZ ASENCIO, «Tipos de escrituras documentales», *Documentos selectos para el estudio de los orígenes del romance en el Reino de León. Siglos X-XII*. Estudio, edición y facsímiles, León, 2003, pp. 35-36.- ÍD., «La escritura de los documentos reales leoneses», *Documentos de la Monarquía Leonesa. De Alfonso III a Alfonso VI*. Estudio, edición y facsímiles, León, 2006, pp. 117-126.- ÍD., «La escritura de los documentos reales», *Documentos de la Monarquía Leonesa, II. De Urraca a Alfonso IX*. Estudio, edición y facsímiles, León, 2011, pp. 81-93.

de a dieciséis. Es de destacar, asimismo, que de uno de los tres considerados por la autora como «importantes», Juan Rodríguez, se podría «afirmar con toda seguridad que había sido formado en el monasterio de Sahagún»⁷⁵; en tanto que de otros tres de los «extracancillerescos» parece que se puede colegir, con bastante seguridad, que formaban parte de otras tantas comunidades monásticas⁷⁶.

Desde luego, en época de Alfonso VII, con la puesta en marcha en 1135 de la cancellería regia, la expedición de los documentos reales emprenderá nuevos derroteros; aunque no por ello, ni en su reinado ni en los siguientes, dejarán de existir los documentos extracancillerescos⁷⁷. Pero, además, durante esos años medios del siglo XII y posteriores, los *scriptoria* monásticos tradicionales seguirán perdiendo asimismo la «exclusiva» en el ámbito de la elaboración de los documentos por otro flanco, el de la nueva y fuerte competencia de las escuelas catedralicias y sus *scriptoria*, con una cada vez mayor imbricación de la política real y la eclesiástica y, como señala Guijarro, con una más íntima conexión entre «las sedes arzobispales y episcopales y la cancellería real»⁷⁸.

Inscripciones

Sin tener, ni mucho menos, el protagonismo ni las posibilidades de los textos implicados en los dos ámbitos anteriores (el de los códices y el de los documentos), en las últimas décadas se han venido intensificando en España los estudios de corte epigráfico, abordando de una manera especial las inscripciones medievales⁷⁹. Tanto desde el punto de vista paleográfico, como desde el diplomático (tradición, tipología, intencionalidad, etc.), este tipo de testimonios contribuyen a iluminar, enriquecer y complementar el panorama de

75. I. RUIZ ALBI, *La reina doña Urraca (1109-1126). Cancillería y colección diplomática*, Col. «F.E.H.L.», núm. 102, León, 2003, en las pp. 85-86 y 134 (= RUIZ ALBI, *La reina doña Urraca*).

76. Pedro Botán (vinculado con el monasterio de San Martín Pinario), Martín de Sahagún (célebre *scriptor* del cenobio homónimo) y Rodrigo, monje de Samos, como indica el propio texto (RUIZ ALBI, *La reina doña Urraca*, pp. 216-217, 220-223 y 228-230).

77. V. GARCÍA LOBO, «Un documento de Fernando II que no pasó por la cancellería», *Estudios Humanísticos*, 6, León, 1984, 19-36.

78. GUIJARRO GONZÁLEZ, *Maestros*, p. 240. Como asimismo señala la autora, «no es difícil imaginarse a los *magistri* de los cabildos catedralicios actuando como escribanos. Su conocimiento de la gramática, los términos jurídicos y retóricos de la redacción de documentos escritos, junto con las citas de textos sagrados y profanos en ellos utilizados, les convertía en los hombres idóneos para estas funciones» (p. 241).

79. En ello han sido pioneros los integrantes de la «escuela de León», con los profesores García Lobo y Martín López a la cabeza, pronto secundados por De Santiago Fernández y De Francisco Olmos, de la Universidad Complutense.

nuestra escritura y escritos medievales; por lo que, además y reformulando un conocido aforismo, quizá podríamos afirmar: nada escrito «me es ajeno».

Es preciso, no obstante, tener muy presente que las inscripciones incorporan una presentación peculiar de los contenidos, pues sus caracteres externos se ven fuertemente determinados y condicionados por los que les son propios y específicos, los caracteres funcionales; que, en palabras de García Lobo y Martín López, son los que les confieren su especial carácter «publicitario», esto es, la colocación en un punto destacado del conjunto de un edificio o monumento, su legibilidad y la duración o permanencia⁸⁰. Además, las inscripciones recogen con frecuencia textos con un claro contenido jurídico, en virtud del *negotium* en ellos reflejado; y, por tanto, son susceptibles de una consideración y tratamiento con la metodología que la Diplomática aplica a los documentos jurídicos, incluyendo la valoración de su estructura, caracteres y partes constitutivas.

Hace ya bastantes años Martín Postigo tuvo el acierto de analizar la escritura solemne empleada en un códice y en una inscripción, tratando de establecer el paralelismo entre una y otra; pues no en vano ambas estaban íntimamente vinculadas con el monasterio de Santo Domingo de Silos, cenobio del que, a su vez, dependía el priorato de San Frutos del Duratón⁸¹.

Junto a trabajos sobre momentos cronológicos posteriores a los que aquí nos vienen ocupando, pero que metodológicamente presentan el interés de haber puesto en relación documentos e inscripciones⁸², cabría explorar asimis-

80. V. GARCÍA LOBO y M^a. E. MARTÍN LÓPEZ, *De Epigrafía Medieval. Introducción y Album*, León, 1995, p. 14.

81. M^a. DE LA S. MARTÍN POSTIGO, «Un códice y una inscripción. El 'Beatus' silense (S. XI-XII). La inscripción de S. Frutos (A. 1100)», *Hispania Sacra* 25 (1972), pp. 209-223 y 2 láms.

82. Tal podría ser el caso de los presentados por Martín López, Serna Serna y Herrero Jiménez, poniendo en relación documentos (fundamentalmente, testamentos), obituarios e inscripciones de los claustros de las catedrales de León y Burgos: M^a. E. MARTÍN LÓPEZ, «El documento como fuente para la epigrafía», *La documentación para la investigación. Homenaje a José Antonio Martín Fuertes, I*, Universidad de León, León, 2002.- ÍD., «Las inscripciones diplomáticas en el período gótico», *Las inscripciones góticas. II Coloquio Internacional de Epigrafía Medieval*, León, 2010, pp. 97-123.- M. HERRERO JIMÉNEZ, *Colección documental del archivo de la Catedral de León, X: Obituarios medievales*, Col. «F.E.H.L.», núm. 56, León, 1994.- S. SERNA SERNA, *Los obituarios de la Catedral de Burgos*, Col. «F.E.H.L.», núm. 123, León, 2008. Martín López, al estudiar las inscripciones medievales de Silos y centrarse, entre otras, en las de carácter necrológico del claustro monástico, señala: «Al filo de mediados del siglo XIII se emprende una tarea epigráfica muy concreta: la materialización en piedra de una serie de textos necrológicos -tomados del obituario- que alcanzan la cifra de cincuenta *Epitaphia necrologica* y constituyen el llamado por García Lobo 'Obituario en piedra de Silos'» (M^a. E. MARTÍN LÓPEZ, «Las inscripciones medievales del monasterio de Santo Domingo de Silos», *Silos. Un Milenio, II Historia*, Stvdia Silensia XXVI, Santo Domingo de Silos, 2003, pp. 469-481, en las pp. 475-476).

mo la posibilidad de analizar estas últimas desde dos niveles o puntos de vista: el de los mensajes (el de los contenidos), o bien, el de la plasmación física de esos mensajes.

Un reflejo de una etapa de cambios, la de la desaparición de la escritura visigótica y la introducción de la carolina, jalonada especialmente mediante documentos y códices y a la que también me referido con anterioridad, también está perfectamente atestiguada en una de las inscripciones todavía supérstites en una de las paredes en ruinas del monasterio de San Salvador de Nogal de las Huertas⁸³. En ella, en el año 1109, se puede apreciar la coexistencia de formas pertenecientes a ambas modalidades gráficas; en último término, nada diferente de lo que, por esos mismos momentos, estaba ocurriendo en el campo de los códices y de los documentos.

Como ocurre en el caso de los códices altomedievales que no llevan datación explícita, algo que a veces también sucede con las inscripciones, pueden ser sus grafías, su sistema abreviativo (al margen de otros caracteres) los que de una manera especial nos permiten aproximarnos a su cronología, al medio o ambiente histórico-cultural en el que fueron creados⁸⁴. En uno de sus estudios recientes sobre la escritura publicitaria, en este caso sobre textos en visigótica, García Lobo ha sabido aunar y sacar partido de forma muy adecuada de los tres tipos de fuentes utilizados (documentos, códices e inscripciones)⁸⁵, brindando así una metodología y unas pautas para posibles análisis y trabajos posteriores sobre los caracteres externos e internos de tan variado tipo de soportes y formatos, en los que han podido quedar fijados los diferentes testimonios escritos.

Cuestiones básicas de la diplomática (génesis, *actio* y *conscriptio*, minutas, original y copia, etc.) también pueden ser rastreadas en determinados conjuntos de inscripciones, de una forma especial las que, por su contenido y características, se aproximan a los textos diplomáticos. Un ejemplo dúplice, por cuanto en él van a ser tomadas en consideración dos inscripciones, nos va a permitir adentrarnos brevemente en la problemática presente en este tipo de textos; en todo caso, en la misma línea de la que se nos plantea en Diplomática con la tradición documental.

83. Una reproducción de la misma y la referencia a varios de sus aspectos gráficos y de contenido, en: HERRERO DE LA FUENTE y FERNÁNDEZ FLÓREZ, *Escritura y diplomática*, pp. 113-114.

84. Un conocimiento adecuado de las grafías visigóticas empleadas con valor numérico en determinadas inscripciones (por ejemplo, la «t» con valor de mil), tan frecuentes no solamente en códices y documentos de la misma etapa gráfica sino también en diversas inscripciones, no habrían llevado a incurrir en errores tan crasos como el ya mencionado de la inscripción del eremitorio de Villarén.

85. V. GARCÍA LOBO, «La escritura visigótica publicitaria», *IV Jornadas*, Burgos, 2008, pp. 63-91.

Fig. 6. Inscripciones de San Adrián. Arriba: Original del siglo x.
Abajo: Copia del siglo XII.

Las dos inscripciones en cuestión están todavía incrustadas en las paredes norte y sur de la iglesia de San Adrián de Caldas (cerca de Boñar, León). La mera contemplación de las grafías empleadas en una y otra ya nos lleva a la consideración de que la primera es una pieza del siglo x (casi con toda seguridad de la fecha que en ella se recoge, el año 980); en tanto que la segunda debió ser confeccionada en la segunda mitad del siglo XII, siendo en realidad una copia bastante desafortunada y chapucera de la primera, de lo que incluso conocemos a su responsable, pues el *scriptor*/lapicida quiso dejar constancia de su trabajo, al suscribirlo: «*Dominicus notvit*».

La inscripción original fue distribuida en tres líneas, pero aproximadamente los dos tercios iniciales de cada una de ellas deben ser separados y leídos de forma independiente del tercio final de las mismas; ya que éste, a su vez, forma una segunda unidad. Debemos considerarlo, por tanto, como si de un texto a

dos columnas, de tres líneas cada una y de desigual longitud, se tratase⁸⁶. El copista del siglo XII, al trasladar el texto precedente a un nuevo soporte, lo copió todo seguido, una línea tras otra (aunque tampoco con rigor, ya que, hasta donde pudo y comprendió, intentó introducir una cierta racionalidad), de lo que surgió una transcripción, en alguna de sus fases, aberrante⁸⁷.

El desaguisado perpetrado por *Dominicus* ya fue detectado por Gómez Moreno, si bien éste se confundió al introducir un «avba» (en lugar del «aba», del original) y dió carta de naturaleza, poniéndolo en su transcripción con mayúscula, al «Gino» de la inscripción del XII, como al parecer habían hecho transcriptores precedentes⁸⁸. Sobre el trabajo del responsable de la copia del siglo XII («*Dominicus notvit*», con signo final carolino de *us*) se podría añadir que, al margen de distorsionar el texto, troceando o uniendo de forma inadecuada varias letras o palabras (*oac*, *si*, *indi*, *gino*), fue dando paso al romance (introduciendo «*Ramiro*», en lugar de «*Ranimiro*»), cometiendo asimismo un grave error al transcribir de forma inadecuada las letras *ML* del original (indicativas de *millesima*), separando una de otra, con lo que la fecha inicial «M X VIII» pasó a convertirse en su versión: «M LX VIII».

Entre las inscripciones, como es bien sabido, también hay originales y copias (sin olvidar, aunque no sea este el caso, las minutas), con numerosos elementos paleográficos y diplomáticos presentes, incluyendo la validación mediante la suscripción, en este caso de Domingo, con la misma forma verbal como si de un documento en pergamino se tratase.

Esta amplia referencia a las dos inscripciones de San Adrián de Caldas no debería finalizar aquí, como si estuviésemos ante un fenómeno aislado, pues un testimonio epigráfico anterior íntimamente relacionado con ellas nos retrotrae a las primeras décadas del siglo X. Lo publicó asimismo Gómez Moreno (ofreciendo también una reproducción fotográfica de la parte conservada). En él se recoge la construcción de una iglesia monástica (por Gisvado y su mujer, Leuvina), que fue dedicada a los santos Adrián y Natalia y consagrada, a su vez, el 12 de octubre del año 920 por los obispos Cixila II y Frunimio II (de León) y Fortis (de Astorga)⁸⁹.

86. «(†) In avla Domini nostri Ihesu Christi, Sancti»
Salvato/2ris, regnante domno Ranimiro, rex, /3
sub Christi Dei gracia Sisnando, episcopus».

(†) Ermegildo, aba /2
Cialarieo, acsi indi/3gno, feci.
Era Millesima XVIII».

87. «(†) In avla Domini nostri Ihesu Christi, Sancti Salvatoris, /2 regnante domno Ramiro, rex, Cialarie, Ermegildo, abba, /3 oac si indi, sub Christi Dei gratia Sisnando, /4 episcopus, gino fecit. Era Ma LXa VIII. Dominicus Notvit».

88. M. GÓMEZ MORENO, *Catálogo monumental de España. Provincia de León (1906-1908)*, Madrid, 1925. Edición facsímil, Editorial Nebrija, León, 1979, pp. 134-135.

89. M. GÓMEZ MORENO, *Iglesias mozárabes. Arte español de los siglos IX a XI*, Madrid, 1919. Edición facsímil, Granada, 1998, p. 164.

Pues bien, la publicación de la documentación del monasterio de San Pedro de Eslonza (cenobio al que había sido incorporado el de San Adrián de Caldas) ha permitido comprobar que tres de sus documentos están íntimamente relacionados con el monasterio de San Adrián; con la peculiaridad de que, en los dos últimos (de los años 928 y 929) entran en escena el conde Gisvado y Leuvina, su mujer, haciendo una donación y, también, fundando y dotando el citado monasterio⁹⁰.

El tercero de los textos todavía nos depara una nueva y muy grata sorpresa, pues, además de la entrega de diversos bienes raíces y semovientes, ajuar doméstico y litúrgico, los nobles Gisvado y Leuvina hacen donación de cinco códices de los considerados como «eclesiásticos»: «*antiphonarium, comicum, manuale, orationum, precum*»⁹¹.

Antes de cerrar la referencia a este magnífico conjunto de testimonios escritos de San Adrián (incluyendo la mención de los cinco códices), podría ser pertinente destacar del tercero de los documentos (el original del año 929), ya que en él hay un dato sumamente interesante y evocador. Ni más ni menos se alude a que el matrimonio citado, antes de proceder a la fundación del cenobio, lo habían consultado con tres obispos: Genadio (de Astorga), Atilano (de Zamora) y Cixila II (de León).

Al comienzo de estas páginas, en la fase de los asentamientos eremíticos, ya habíamos visto deambular por El Bierzo a san Genadio y por los montes de «Perameno» a los eremitas Froilán y Atilano, luego obispos de León y Astorga. Con este último, con san Atilano, dando su conformidad a la fundación del monasterio de San Adrián y Santa Natalia, en las proximidades de Boñar y Pardomino, y con la evocación de los momentos iniciales del presente trabajo, que parece retornar a su punto de partida, procede encaminarnos ya a cerrar nuestro periplo por el entorno de los *scriptoria* monásticos.

A lo largo de él he pretendido tener muy presentes a códices, documentos e inscripciones, como testimonios del «escribir en el monasterio». Pero, para ir poniéndole un epílogo, me ha parecido oportuno contar con la ayuda y ceder el testigo a Alturo Perucho, ya que, en un libro reciente y tras subrayar algunos hechos y planteamientos generales sobre la metodología y estudio de una escritura, reflexiona en los términos siguientes: «Pero si metodológicamente hay que proceder por cortes cronológicos y zonas geográficas concretas, que se basen en unidades histórico-culturales, no parece lógico, a pesar de autorizadas opiniones en contra, introducir la mínima distinción en

90. RUIZ ASENCIO Y RUIZ ALBI, *Colección de Eslonza*. Documentos publicados bajo los núms. 6, 7 y 9, en las pp. 60-64 y 66-72.

91. ÍD., *ibid.* p. 69.

la consideración de las fuentes gráficas librarías, diplomáticas y epigráficas. Pues siendo el objeto de nuestro estudio la escritura, sería absurdo diferenciar ésta sólo por el soporte en el que aquella nos ha llegado»⁹².

Llegado este momento, uno siente la tentación de volver a Las Gobas, para retomar de la pared de una de sus iglesias rupestres la petición de un *scriptor* anónimo, que exaró en ella el también ya mencionado: «*Orate pro me lectores, sic Dominum aduiatis protectorem*».

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- ALTURO PERUCHO, J., TORRAS CORTINA, M., CASTRO CORREA, A. (eds.), *La escritura visigótica en la Península Ibérica: nuevas aportaciones*, Universitat Autònoma de Barcelona, Bellaterra, 2012.
- ANDRIO GONZALO, J. Y OTROS, *El conjunto arqueológico del monasterio de San Juan de la Hoz de Cillaperlata (Burgos)*, Miranda de Ebro, 1992.
- BANGO TORVISO, I. G., «Del eremitorio de San Millán al monasterio benedictino»: *El monacato espontáneo. Eremitas y eremitorios en el mundo medieval*, Fundación Santa María la Real-C.E.R., Aguilar de Campoo (Palencia), 2011, pp. 199-226.
- CALLEJA PUERTA, M., «De la visigótica a la carolina en los documentos del archivo de San Vicente de Oviedo: La escritura de Dominicus y Pelagius», *IV Jornadas*, Burgos, 2008, pp. 189-200.
- CAMINO MARTÍNEZ, C. DEL, «La escritura carolina en la Península Ibérica», *IV Jornadas*, Burgos, 2008, pp. 119-140.
- CARBAJO SERRANO, M^a. J., *El monasterio de los santos Cosme y Damián de Abellar. Monacato y sociedad en la época astur-leonesa*, León, 1988.
- DÍAZ Y DÍAZ, M. C., *Valerio del Bierzo. Su persona. Su obra*, Col. «F.E.H.L.», núm. 111, León, 2006.
- FERNÁNDEZ DEL POZO, J. M^a., «Alfonso V, rey de León. Estudio histórico-documental», *León y su Historia (Miscelánea Histórica) V*. Col. «F.E.H.L.», núm. 32, León, 1984, pp. 9-262.
- FERNÁNDEZ FLÓREZ, J. A., «El fondo documental del monasterio de Sahagún y sus scriptores (siglos IX-X)»: *El monacato en los Reinos de León y Castilla. Siglos VII-XIII* (X Congreso de Estudios Medievales, 2005), Fundación Sánchez-Albornoz, León, 2007, pp. 125-146.
- ÍD., *La elaboración de los documentos en los Reinos Hispánicos Occidentales (ss. VI-XIII)*, Institución Fernán González, Burgos, 2002.
- ÍD., «La génesis documental: Desde las pizarras visigodas y la ‘Lex Romana Wisigothorum’ al siglo X», *VIII Jornadas científicas sobre «Documentación de la Hispania altomedieval (siglos VI-X)»*, Universidad Complutense, Madrid, 2009, pp. 89-117.

92. ALTURO PERUCHO, J., TORRAS CORTINA, M. Y CASTRO CORREA, A. (eds.), *La escritura visigótica en la Península Ibérica: nuevas aportaciones*, Universitat Autònoma de Barcelona, Bellaterra, 2012, p. 12.

- ÍD., «Los otros hijos de la diáspora: Beatos y códices de Castilla y León en el exilio», *La diáspora del románico hispano. De la protección al expolio*, Fundación Santa María la Real-C.E.R., Aguilar de Campoo (Palencia), 2013, pp. 59-94.
- FERNÁNDEZ FLÓREZ, J. A. y HERRERO DE LA FUENTE, M., *Colección documental del monasterio de Santa María de Otero de las Dueñas, I (854-1108)*, Colección «F.E.H.L.», núm. 73, León 1999.
- ÍD., *Colección documental del monasterio de Santa María de Otero de las Dueñas, II (1109-1300)*, Colección «F.E.H.L.», núm. 74, León 2005.
- ÍD., «La Diplomática y las inscripciones», *Las inscripciones góticas. II Coloquio Internacional de Epigrafía Medieval*, León, 2010, pp. 65-96.
- ÍD., «Los documentos de Celanova y Sahagún en la época de san Rosendo (siglo X)», *Rudesindus «San Rosendo. Su tiempo y su legado»*, Santiago de Compostela, 2009, pp. 73-99.
- FLORIANO CUMBREÑO, A. C., *Diplomática española del periodo astur (718-910)*, I parte, Oviedo, 1949.
- FONCEA LÓPEZ, R., «Albelda de Iregua»: *Enciclopedia del Románico. Rioja, tomo I*, Fundación Santa María la Real-C.E.R., Aguilar de Campoo (Palencia), 2008, pp. 121-130.
- GARCÍA DE CORTÁZAR, J. Á. y TEJA, R. (coord.), *El monacato espontáneo. Eremitas y eremitorios en el mundo medieval*, Fundación Santa María la Real-C.E.R., Aguilar de Campoo (Palencia), 2011.
- GARCÍA LOBO, V., «La escritura visigótica publicitaria», *IV Jornadas*, Burgos, 2008, pp. 63-91.
- GARCÍA LOBO, V., «Un documento de Fernando II que no pasó por la cancillería», *Estudios Humanísticos*, 6, León, 1984, 19-36.
- GARCÍA LOBO, V. y MARTÍN LÓPEZ, M^a. E., *De Epigrafía Medieval. Introducción y Album*, León, 1995.
- GARCÍA MOLINOS, E., «Florencio de Valeránica, calígrafo y notario del siglo X»: *El Reino de León en la Edad Media XI*, Col. «F.E.H.L.», núm. 105, León, 2004, pp. 241-430.
- GÓMEZ MORENO, M., *Catálogo monumental de España. Provincia de León (1906-1908)*, Madrid, 1925. Edición facsimil, Editorial Nebrija, León, 1979.
- ÍD., *Iglesias mozárabes. Arte español de los siglos IX a XI*, Madrid, 1919. Edición facsimil, Granada, 1998.
- GUIJARRO GONZÁLEZ, S., *Maestros, Escuelas y Libros. El universo cultural de las catedrales en la Castilla Medieval*, Universidad Carlos III de Madrid, Madrid, 2004.
- HERRERO DE LA FUENTE, M. y FERNÁNDEZ FLÓREZ, J. A., «Escritura y diplomática en León en la época de Alfonso VI», *Alfonso VI y su legado» (Sahagún, 29-31 octubre 2009)*, León, 2012, pp. 89-114.
- HERRERO JIMÉNEZ, M., *Colección documental del archivo de la Catedral de León, X: Obituarios medievales*, Col. «F.E.H.L.», núm. 56, León, 1994.
- LÓPEZ MARTÍNEZ, N., *Monasterios primitivos en la Castilla Vieja (s. VI-XII)*, Academia Burgense de Historia y Bellas Artes. Institución Fernán González, Burgos, 2001.

- MARTÍN LÓPEZ, M^a. E., «El documento como fuente para la epigrafía», *La documentación para la investigación. Homenaje a José Antonio Martín Fuertes, I*, León, 2002, pp. 361-384.
- ÍD., «Las inscripciones diplomáticas en el período gótico», *Las inscripciones góticas. II Coloquio Internacional de Epigrafía Medieval*, León, 2010, pp. 97-123.
- ÍD., «Las inscripciones medievales del monasterio de Santo Domingo de Silos», *Silos. Un Milenio, II Historia*, Stvdia Silensia XXVI, Santo Domingo de Silos, 2003, pp. 469-481.
- MARTÍN POSTIGO, M^a. DE LA S., «Un códice y una inscripción. El 'Beatus' silense (S. XI-XII). La inscripción de S. Frutos (A. 1100)», *Hispania Sacra* 25 (1972), pp. 209-223 y 2 láms.
- MARTÍNEZ DÍEZ, G., *Monasterios e iglesias burgalesas dependientes de San Millán de la Cogolla*, Academia Burgense de Historia y Bellas Artes. Institución Fernán González, Burgos, 2007.
- MÍNGUEZ FERNÁNDEZ, J. M^a., *Colección diplomática del Monasterio de Sahagún (siglos IX-X*, Col. «F.E.H.L.», núm. 17, León, 1976.
- MONREAL JIMENO, L. A., *Eremitorios rupestres altomedievales (El alto valle del Ebro)*, Universidad de Deusto, Bilbao, 1989.
- RUIZ ALBI, I., *La reina doña Urraca (1109-1126). Cancillería y colección diplomática*, Col. «F.E.H.L.», núm. 102, León, 2003.
- RUIZ ASENCIO, J. M., *Colección documental del Archivo de la Catedral de León (775-1230), IV (1032-1109)*, Col. «F.E.H.L.», núm. 44, León, 1990.
- ÍD., «Cronología de la desaparición de la escritura visigótica en los documentos de León y Castilla», *IV Jornadas*, Burgos, 2008, pp. 93-117.
- ÍD., «La escritura de los documentos reales», *Documentos de la Monarquía Leonesa, II. De Urraca a Alfonso IX*. Estudio, edición y facsímiles, León, 2011, pp. 81-93.
- ÍD., «La escritura de los documentos reales leoneses», *Documentos de la Monarquía Leonesa. De Alfonso III a Alfonso VI*. Estudio, edición y facsímiles, León, 2006, pp. 117-126.
- ÍD., «Tipos de escrituras documentales», *Documentos selectos para el estudio de los orígenes del romance en el Reino de León. Siglos X-XII*. Estudio, edición y facsímiles, León, 2003, pp. 35-36.
- RUIZ ASENCIO, J. M. y RUIZ ALBI, I., *Colección documental del monasterio de San Pedro de Eslonza, I (912-1300)*, Colección «F.E.H.L.», núm. 120, León, 2007.
- SÁEZ, E., *Colección documental del Archivo de la Catedral de León (775-1230), I (775-952)*, Col. «F.E.H.L.», núm. 41, León, 1987.
- SÁEZ, E. y SÁEZ, C., *Colección documental del Archivo de la Catedral de León (775-1230), II (953-985)*, Col. «F.E.H.L.», núm. 42, León, 1990.
- SÁNCHEZ MARIANA, M., «La escritura medieval», *La comunicación en los monasterios medievales. XV Centenario de San Benito*, Madrid, 1980, pp. 59-74.
- SANZ FUENTES, M^a. J. y CALLEJA PUERTA, M., *Litteris confirmentur. Lo escrito en Asturias en la Edad Media*, Cajastur, Oviedo, 2005.

- SERNA SERNA, S., «La desaparición de la escritura visigótica y la introducción de la escritura carolina en la catedral de Burgos (1050-1150)», *IV Jornadas*, Burgos, 2008, pp. 201-212.
- ÍD., *Los obituarios de la Catedral de Burgos*, Col. «F.E.H.L.», núm. 123, León, 2008.
- ÍD., «Munio y el Becerro Gótico de Sahagún: una muestra de su actividad como copista», *El monacato en los Reinos de León y Castilla (ss. VII-XIII)*, X Congreso de Estudios Medievales de la Fundación Sánchez-Albornoz, León, 2007, pp. 425-436.
- UBIETO ARTETA, A., *Cartulario de San Millán de la Cogolla (759-1076)*, Valencia, 1976.
- VIÑAYO GONZÁLEZ, A., «El scriptorium medieval de San Isidoro de León y sus conexiones europeas», *Coloquio sobre circulación de códices y escritos entre Europa y la Península en los siglos VIII-XIII (16-19 septiembre 1982)*, Universidad de Santiago de Compostela, 1988, pp. 209-238.
- VIVANCOS GÓMEZ, M. C., «Documentación en visigótica del Monasterio de San Salvador de Oña: originales y copias», *Oña. Un milenio. Actas del congreso internacional sobre el monasterio de Oña (1011-2011)*, Fundación Milenario San Salvador de Oña, Burgos, 2012, pp. 52-81.
- ÍD., «El Monasterio de Silos y su Scriptorium»: *El scriptorium Silense y los orígenes de la lengua castellana*, Valladolid, 1995, pp. XI-XL.
- ÍD., *Glosas y notas marginales de los manuscritos visigóticos del Monasterio de Santo Domingo de Silos*, Abadía de Silos, 1996.
- VV. AA., *Documentos de la Monarquía Leonesa. De Alfonso III a Alfonso VI*. Estudio y Edición (incluyendo facsímiles), León, 2006.
- VV. AA., *Galicia no tempo*, Catálogo de la Exposición, Santiago de Compostela, 1991.
- VV. AA., *Los Beatos*, Catálogo de la Exposición en la BNM., Madrid, 1986.
- WILLIAMS, J., *The illustrated Beatus*, vol. V, Harvey Miller Publishers An Imprint of Brepols Publishers, London / Turnhout, 2003.

FUENTES MANUSCRITAS

- BURGO DE OSMA, Biblioteca de la Catedral, *Beato de Burgo de Osma*.
- BURGOS, Archivo Catedral de Burgos, *Biblia*, Expuesta en Vitrina.
- CÓRDOBA, Archivo Catedral de Córdoba, *Homilías*, cód. 1.
- EL ESCORIAL, Biblioteca del Monasterio de El Escorial, *Albeldense de los concilios*, cód. d.I.2.
- EL ESCORIAL, Biblioteca del Monasterio de El Escorial, *Emilianense de los concilios*, cód. d.I.1.
- GERONA, Archivo Capitular, *Beato de Gerona*, cód. 7.
- LEÓN, Archivo Catedral de León, *Antifonario*, cód. 8.
- LEÓN, A.C.L., *Biblia de Albares*, cód. 6.
- LEÓN, A.C.L., *Liber Commicus*, cód. 2.
- LEÓN, A.C.L., *Libro de las Estampas*, cód. 25.
- LEÓN, A.C.L., *Tumbo de León*, cód. 11.
- LEÓN, Archivo San Isidoro de León, *Biblia del 960*, cód. 2.

- LEÓN, A.S.I.L., *Moralia in Iob*, cód. 1.
- LEÓN, A.S.I.L., *Biblia románica de 1162*, Vitrina A, núm. 3 (tres vols.).
- LEÓN, A.S.I.L., *Opera Sancti Martini*, Vitrina B, núm. 5 (dos vols.).
- LONDRES, British Library, *Passionarium Hispanicum*, Add. Ms. 25600.
- MADRID, Archivo Histórico Nacional, *Beato de Tábara*, cód. 1097B.
- MADRID, A.H.N., Clero, *Sahagún*, carp. 872, docs. 1-5; carp. 874, núm. 1.
- MADRID, Biblioteca Nacional de Madrid, *Moralia in Iob*, cód. 80.
- MADRID, B.N.M., *Beato de Fernando I y Sancha (Beato de Facundo)*, cód. Vitr. 14-2.
- MADRID, Museo Arqueológico Nacional, *Beato de San Pedro de Cardena*, cód. 2.
- MADRID, Real Academia de la Historia, *Beato*, Emil. 33.
- MADRID, R.A.H., *Etimologías*, cód. 76.
- MÁNCHESTER, John Ryland's Library, *Beato de Manchester*, lat. 8.
- MÁNCHESTER, J.R.L., *In Psalmos*, lat. 99.
- MÁNCHESTER, J.R.L., *In regulam sancti Benedicti*, lat. 104.
- MÁNCHESTER, J.R.L., *Moralia in Iob*, lat. 93.
- NOGAL DE LAS HUERTAS, Ruinas del Monasterio de Nogal de las Huertas, *Inscripción*.
- NUEVA YORK, Pierpont Morgan Library, *Beato de Escalada*, cód. 644.
- NUEVA YORK, P.M.L., *Beato de Las Huelgas*, cód. 429.
- PARÍS, Bibliothèque Nationale de France, *Beato de San Andrés de Arroyo*, n. a. lat. 2290.
- PARÍS, B.N.F., *De Virginitate Beate Mariae Virginis*, lat. 2855.
- ROMA, Biblioteca Corsiniana (Academia dei Lincei), *Beato Corsini*, cód. 369.
- SAN MILLÁN DE LA COGOLLA, Archivo Monasterio San Millán de la Cogolla, *Becerro Galicano*.
- SANTIAGO DE COMPOSTELA, Archivo Catedral de Santiago de Compostela, *Tumbo A*.
- SANTIAGO DE COMPOSTELA, Biblioteca Universitaria, *Psalterium et Liber Cantorum (Diurnal de Fernando I)*, cód. 5.
- SEO DE URGEL, Biblioteca de la Catedral, *Beato de Seo de Urgel*.
- SANTO DOMINGO DE SILOS, Archivo Monasterio de Silos, *De Virginitate*, cód. 5.
- SANTO DOMINGO DE SILOS, A.M.S., *In regulam sancti Benedicti*, cód. 1.
- SANTO DOMINGO DE SILOS, A.M.S., *Liber Ordinum*, cód. 3.
- SANTO DOMINGO DE SILOS (A.M.S.) + SALAMANCA (Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos), *Biblia de Oña* (13 f.).
- VALLADOLID, Biblioteca Universitaria de Santa Cruz, *Beato de Valcavado*, cód. 433.
- VALLADOLID (Archivo Real Chancillería) + MONTSERRAT (Biblioteca de Abadía), *Beato* (5 f.).

FUENTES IMPRESAS

- LEÓN, A.C.L., Original, cód. 2, f. A^v y Ar; cód. 11 (*Tumbo de León*), ff. 9v-12. Documentos publicados por RUIZ ASENCIO, *Colección Catedral, IV (1032-1109)*, pp. 421 (núm. 1178) y 439-447 (núm. 1190).
- LEÓN, A.C.L., cód. 11 (*T.L.*), f. 344-v. Documento publicado por SÁEZ, *Colección Catedral, I (775-952)*, pp. 334-335 (núm. 241).

- LEÓN, A.C.L., cód. 11 (*T.L.*), ff. 263v-264. Documento publicado por E. SÁEZ Y C. SÁEZ, *Colección Catedral, II* (953-985), pp. 63-64 (núm. 296).
- MADRID, A.H.N., cód. 989B (*Becerro Gótico de Sahagún*), ff. 226 y 193v. Documentos publicados por MÍNGUEZ FERNÁNDEZ, *Colección Sahagún*, pp. 169 (núm. 131) y 175-176 (núm. 137).
- MADRID, A.H.N., *Cartulario de Liébana*. Citado por FLORIANO, *Diplomática*, en documento que edita en pp. 92-94 (núm. 15).
- MADRID, A.H.N., Clero, *Eslonza*, carp. 957, núms. 8, 9 y 12. Documentos publicados por RUIZ ASENCIO Y RUIZ ALBI, *Colección de Eslonza*, bajo los núms. 6, 7 y 9, pp. 60-64 y 66-72.
- MADRID, A.H.N., Clero, *Oña*, carp. 293 (Confirmación de Alfonso X en 1279). Citado por LÓPEZ MARTÍNEZ, *Monasterios primitivos*, p. 52, nota 100.
- MADRID, A.H.N., Clero, *Rocas*, carp. 1565, núm. 6. Documento publicado por FERNÁNDEZ DEL POZO, Alfonso V, bajo el núm. 6, pp. 173-177.
- ORENSE, Museo Arqueológico Provincial, *Altar de San Pedro de Rocas*. Citado en VV. AA., *Galicia no tempo*, pp. 130-131 (núm. 35).
- SAN MILLÁN DE LA COGOLLA, A.M.S.M.C., *Becerro Galicano*. Documentos publicados por FLORIANO, *Cartulario de San Millán*, pp. 95-98 (núm. 16), 248-250 (núm. 55), 251-254 (núm. 56), 317-319 (núm. 78), 321-324 (núm. 80). Documento publicado por UBIETO ARTETA, *Cartulario de San Millán*, p. 9 (núm. 1).